

EL PLANETA DESCONOCIDO

PETER BARTON



EL PLANETA DESCONOCIDO

PETER BARTON

COLECCION

ESPACIO

EL PLANETA DESCONOCIDO

por

PETER BARTON

EDICIONES TORAY, S. A

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, 19. BARCELONA

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La Invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión “X”

9 Planetoide 2.012

10 “Ellos”

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo: Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Ella, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F. B. I. contra Marte 20 El camino sin fin

31 ¡S.O. S., Plutón!

32 Retorno al Paraíso

30 Desgravitación

34 Los fito-venusianos

35 El viajero de Saturno

36 Una lápida en la Luna

37 El planeta desconocido



CAPÍTULO PRIMERO

El telescopio era gigantesco; doblaba en tamaño y potencia a los más modernos que se conocían en la Tierra.

Dick Randall, el misántropo profesor de Astronomía de la Universidad de Columbia, había inventado aquel poderoso aparato con el exclusivo propósito de confundir a sus colegas americanos.

La ofensa era antigua. El profesor Tex Samuels, de Pensilvania, en otro tiempo le tildó de loco y Randall no era hombre que perdonara los agravios.

El día era muy bochornoso y el profesor, después de realizar unas complicadas ecuaciones, consultó su reloj. Eran las doce. El sol lucía con todo su esplendor y Randall, con un gesto de cansancio, dejó la pluma sobre la mesa y se acercó nuevamente al telescopio.

— ¡Ah... estúpidos!—exclamó—. ¿Cómo podéis discutir las cosas usando esas antiguallas que en otros tiempos se llamarían telescopios? Pero, después de todo, agradezco vuestra insolente actitud; así mi victoria será más completa...

Una voz femenina interrumpió el soliloquio.

—Señor Randall, no olvide que hoy es mi cumpleaños y que está invitado a comer en mi casa. No le perdono esta deuda. ¡Basta por hoy de números!

El profesor volvió la cabeza. Una joven de unos veinticinco años, de rostro sonrosado y rubios cabellos, se hallaba frente a él. Iba ataviada con elegancia y sus azules ojos tan pronto denotaban la ingenuidad de una niña, como la gravedad de una mujer.

—¿Eres tú, Isabel? — repuso el sabio en tono distraído—. Me había parecido recordar que hoy tenías fiesta, ¿Qué haces aquí?

—Estoy esperándole. Usted prometió acudir a la fiesta y vendrá conmigo ahora mismo. La comida es a la una.

—¿De qué fiesta me estás hablando?

—De mi cumpleaños. Le ruego suspenda por hoy sus estudios. Un poco de descanso no le vendrá mal. Además, su memoria lo necesita; la tiene repleta de números y vacía de fechas.

—Tú no tienes idea de lo que esto significa, Isabel. Cincuenta y cinco siglos de civilización y estudios astronómicos, para que al mundo le pase por alto una cosa tan sencilla: la existencia del planeta Pólux.

—¿Pólux?— repitió la joven intrigada—. Nunca oí hablar de él hasta ahora.

—Tampoco yo me atrevía a creer en su existencia, hasta que mis propios ojos pudieron comprobarlo. Cuando ordené la construcción de este telescopio, encargué la fabricación de todas las piezas a diferentes fábricas, por separado, evitando toda publicidad y ocultando los aparatos de cálculo o previsión. Mi hermano Edgar, director de una fábrica de instrumentos ópticos, hace un año que ha venido estudiando las características del nuevo planeta, al que por su proximidad a la Tierra e idénticas características, he bautizado con el nombre de Pólux.

—Pólux... gemelo de Cástor, los hermanos mitológicos...

—Exactamente. Ese planeta es bastante más joven que la Tierra y contiene una atmósfera de composición similar, aunque algo más cargada de anhídrido carbónico. ¡Mira!—gritó mostrando un cuadro sinóptico cuidadosamente dibujado sobre un papel—. Actualmente los poluxianos deben hallarse a principios de nuestra Era Cuaternaria...

La joven continuaba en pie, escuchando intrigada los razonamientos del sabio; había olvidado el objeto de su visita. De pronto, como si despertara de una extraña fascinación, disparó una pregunta:

—Si existen habitantes en Pólux, como usted acaba de afirmar, ¿por qué, hasta ahora, nadie había sospechado su existencia? — y ante la sorpresa de su jefe, continuó—: Desde hace más de un siglo nuestro planeta mantiene una línea regular de comunicaciones con Marte, y la técnica de los marcianos unida a los recursos de la Tierra, nos ha proporcionado el señorío del espacio — cogió el papel que Randall tenía en la mano y señalando con el índice un lugar del dibujo, añadió con felina picardía—: ¿Entonces, las astronaves que llegan hasta Mercurio, irán pilotadas por ciegos y estarán desprovistas de aparatos adecuados?

Randall reflexionó unos instantes. En aquel momento la sagacidad de su secretaria le había contrariado, aunque en el fondo, las múltiples cualidades de la muchacha habían contribuido en gran parte al sensacional descubrimiento.

Isabel Río, era una californiana de ascendencia española. Hija de una familia de emigrantes, desde muy pequeña se había acostumbrado a una dura lucha contra los azares de la existencia. Pero el sacrificio de sus padres no cayó en saco roto. Desde muy pequeña demostró una afición a los estudios, que no concluyó ni con la obtención del doctorado en Filosofía y Letras. La súbita enfermedad de su hermano Bautista, algo menor que ella, la movió a ponerse al servicio del profesor Randall, en calidad de secretaria. Su más preciado ideal, dedicarse al periodismo, podía esperar. Por Jo demás, el cargo estaba bien retribuido y el sueldo le permitía atender a los gastos que la curación de su hermano exigía. Llevaba ya seis meses a las órdenes de Randall y la joven quedó asombrada de que sus aficiones literarias pudieran esperar tanto tiempo. Su jefe, aunque algo misántropo y gruñón, era rico y pagaba puntualmente; en el fondo era un hombre bondadoso.

—Acércate — ordenó el profesor, sin contestar a las preguntas de Isabel y señalando al telescopio.

La joven observó atentamente. En aquel momento, aquella carita aniñada perdió la expresión irónica para trocarla por otra de asombro.

—¿Es posible? — murmuró—. ¡Y en pleno día!

—Así es — asintió el sabio—. Hasta el presente, los astrónomos efectuaban sus observaciones durante la noche. También yo seguía en un principio este procedimiento, hasta que un día se me ocurrió proveer al telescopio de un aparato de mi invención que permitiera anular la influencia de la luz solar y aprovechándola, registrar todos los cuerpos situados dentro de la órbita del sol. Al principio no osaba creer lo que veían mis ojos. A unos cincuenta millones de millas de distancia, siguiendo una línea hipotenusa de un supuesto triángulo, uno de cuyos catetos sería la recta que va de la Tierra al Sol, descubrí el planeta Pólux. Los aparatos de precisión registraron unas dimensiones y características similares a las terrestres y, por si esto fuera poco, Pólux seguía su ruta alrededor del Sol a una velocidad mucho más lenta; pero como la órbita de Pólux es también más reducida, conservaba igualmente la misma distancia del Sol y de nuestro planeta.

La grave actitud de la muchacha demostraba el interés que le inspiraban las palabras del sabio. Éste esbozó una sonrisa triunfal y luego continuó:

—Las astronaves que se dirigen a Venus no han tropezado con Pólux por la sencilla razón de que las inmensas distancias en los

espacios interestelares, no permiten a las naves apartarse de las rutas clásicas como si estuvieran en la Tierra, durante un fin de semana. Si a esto añades que, cuando se llevan un par de días de viaje en una nave interplanetaria, el viajero se aburre ante la monotonía de los panoramas y la sensación de inmovilidad que se experimenta en el espacio, llegaremos a la conclusión de que la laxitud invade al viajero privándole de la viveza necesaria para esta clase de observaciones...

Isabel consultó su pequeño reloj de pulsera.

—Bueno, señor Randall— interrumpió—, mañana continuaremos hablando de todo esto que me interesa mucho más de lo que usted cree; pero mi madre me reñirá por la tardanza. Mi helicóptero está esperando y no tenemos tiempo que perder.

El profesor se dirigió a la mesa escritorio y comenzó una meticulosa recogida de papeles que fue colocando, cuidadosamente ordenados, dentro de una gran cartera de plástico.

—¿No podría dejar todo esto para mañana? — inquirió Isabel, con un gesto de impaciencia.

—He prometido explicar mis teorías al ministro de los Espacios. La entrevista será a las cuatro y espero conseguir el permiso oficial para el viaje...

Isabel consultó su reloj; marcaba la una menos veinte minutos. Los nervios de la muchacha amenazaban desatarse.

Randall, después de guardar el último apunte, cerró la cartera.

—Aún tendría tiempo de ver al subsecretario — murmuró — y éste fijaría la hora exacta de la entrevista...

Pero esta vez todo el sistema nervioso de la joven estalló como una bomba.

— ¡Se acabaron las distancias, señor profesor! — gritó—. ¡Usted lo ha querido!

A paso rápido se acercó a la mesa y cogió la cartera repleta de apuntes, dibujos y esquemas de todas clases.

— ¡O viene ahora mismo conmigo, o estos papeles volarán como el “confetti” un día de carnaval!

Randall la miró estupefacto. ¿Era una broma o la muchacha se había vuelto loca?

—Deja eso, Isabel — ordenó—. En el interior de esa cartera se halla el fruto de quince años de estudios.

Por toda respuesta, la joven corrió hacia la puerta con la cartera en la mano y el gesto decidido.

— ¡Isabel!—gritó Randall—. ¡Trae la cartera! ¿Dónde vas ahora?

—A mi casa. Al paso de mi helicóptero lloverán “papelitos” y alguna que otra “serpentina”. Este es un sistema muy eficaz para curar la amnesia de algunas personas.

El sabio se rascó la bien recortada barba que, de tan negra, reflejaba unos tonos azulados. Evidentemente vacilaba, pero al ver que la joven desaparecía por el dintel de la puerta y que el nervioso taconeo de sus zapatos indicaba que hablaba en serio y cumpliría su amenaza, reaccionó violentamente.

— ¡Ven aquí, diablejo con faldas! — gritó —. ¡Quedas despedida! Ya me extrañaba llevar tanto tiempo tranquilo... al cabo de los años otra mujer ha venido a perturbar mi vida...

Suspendió la respiración al oír el ruido de un motor.

— ¡Ah, maldita! —rugió —. ¡Me las pagarás!

Randall corrió como un loco hasta la terraza destinada a los vehículos aéreos. El helicóptero estaba a punto de despegar. Cuando ya desesperaba de poder alcanzarlo, se abrió la portezuela y el sabio penetró por el hueco como una flecha en el blanco. En aquél mismo instante, el vehículo se elevó verticalmente y unos segundos más tarde se hallaba en pleno vuelo, en dirección a San Francisco.

Después de dar muchos traspiés a causa de la rapidez de la maniobra, el sabio pudo recobrar su aplomo y vio a Isabel sentada tranquilamente en la proa del aparato. La joven movió la cabeza mirando de soslayo, mientras decía:

—Cierre esa puerta que se va a enfriar.

Randall cerró al fin la portezuela y, sin dejar de apoyarse, sujetándose a las paredes del aparato, llegó hasta el asiento situado al lado de la joven.

—Se lo diré a tus padres — amenazó —. Y cuando tu hermano Bautista sepa lo ocurrido, no podrás engreírte de tu hazaña.

En aquel momento, el aparato dio una brusca sacudida; parecía

como si un rayo lo hubiera averiado seriamente. Hubo un momento en que pareció que daría la vuelta de campana, pero Isabel, acelerando la marcha, consiguió estabilizarlo nuevamente. Segundos más tarde se oyó una sorda explosión semejante al trueno.

— ¡Por mil demonios!—gritó Randall agarrándose donde pudo—. ¿Es que no me van a dejar tranquilo? Por lo visto hoy me he levantado al revés.

Pasada la primera sorpresa, Isabel observó a través de los cristales de la carlinga.

—Mire allá abajo, señor Randall— indicó señalando el lugar desde donde habían despegado hacía poco.

El sabio alargó la cabeza y observó en la dirección indicada. De pronto soltó un juramento. La colina rodeada de jardines en donde tenía instalada su residencia y observatorio, se hallaba envuelta por una espesa columna de humo en forma de un hongo gigantesco.

— ¿Qué habrá sucedido ahora? — se preguntó angustiado—. ¡Regresemos, Isabel!

—Lo siento, amigo mío—. Llegaremos con unos minutos de retraso y no me siento con fuerzas para soportar la bronca de mi madre.

Randall, con la nariz pegada a los cristales del helicóptero, sufría lo indecible. Aquella gigantesca columna de humo cubriendo toda la zona en donde tenía instalada su residencia, le hacía sufrir horriblemente. Los suplicios de la duda se turnaban para martirizarlo. Experimentaba la misma sensación del hombre que ve arder su hogar y se encuentra impotente para evitarlo.

* * *

La fiesta se celebró en la mayor intimidad. Aparte de unos cuantos familiares y algunos amigos de la familia, el astrónomo no tuvo que soportar la compañía de muchas personas.

María, la madre de Isabel, era una mujer muy activa, de gran disposición para toda suerte de actividades y la más dinámica de la familia. Dirigía el hogar con la misma seguridad que un capitán de navío gobierna su nave. Juan Bautista, el padre, admirado de las dotes de mando de su consorte, la dejaba hacer, convencido de que así convenía para los intereses de la familia.

Randall pudo observar todos estos detalles después de la tercera copa de champaña. Pero la atención del sabio se había centrado en el

hermano de Isabel, del mismo nombre que su padre y cuyo carácter parecía el reverso de la medalla. Alto, de atlética figura y rostro inteligente, no tendría más allá de veintidós años y la gravedad de sus ademanes demostraba un aplomo impropio de su edad y de la época en que vivían.

Y, sin embargo, aquel gallardo joven se encontraba bastante delicado. Era una de las víctimas del culto al deporte. Éste causaba más víctimas que todas las enfermedades juntas. Y, a pesar de la fiesta, el joven se sometió humildemente a los rigores de una dieta especial. En aquel muchacho se hallaban concentradas todas las preocupaciones de la familia.

Por las constantes atenciones con que Isabel rodeaba a su hermano, Randall se dio cuenta de que su secretaria, a pesar de lo tempestuoso de su carácter, tenía un corazón sensible.

Los familiares y amigos, apenas terminados los postres comenzaron a desfilar. El profesor, impaciente por saber la verdad de lo que había visto desde el helicóptero, quiso aprovechar aquella oportunidad.

—Un momento, señor Randall — dijo Isabel—. Por si esto puede tranquilizarle, debo decirle que ni mis familiares ni tampoco esos amigos que estaban con nosotros en la mesa, conocían el nombre de usted. Mis padres ya estaban advertidos y fue mi hermano quien se encargó de anunciar que yo tardarla un poco, porque tenía que dar la sorpresa a mi tío. Conocíamos su misantropía y la hemos respetado. No ha habido presentaciones ni ceremonias sociales. ¡Oh, no se impaciente! —gritó al ver que el sabio, sumido en sus preocupaciones, se disponía a marchar a toda costa—. Las Emisoras Atlánticas han anunciado un programa dedicado a usted...

Randall, en un gesto de impaciencia, dio un paso más hacia la puerta.

—...Y Tex Samuels ha prometido su colaboración — concluyó la muchacha.

Al oír el nombre de su rival, el astrónomo experimentó una viva curiosidad, y retrocedió. Isabel, cogiéndole por el brazo, le acompañó hasta la salita de estar, donde se reunía la familia frente a la pantalla de televisión.

El programa se deslizaba sin aparentes novedades que interesaran al sabio. A unos discos de música variada, sucedió el “Diario hablado”; los “sucesos” no eran trascendentes. En la Antártida se había

inaugurado un inmenso criadero de pingüinos... El ministro de Relaciones Exteriores de Marte, anunciaba su llegada a la Tierra para el próximo sábado...

De improviso, el sabio se levantó de su asiento como movido por un resorte. En la pantalla acababa de reflejarse la misma columna de humo que viera sobre su casa, minutos después de haber despegado el helicóptero pilotado por Isabel. Un segundo más tarde apareció la figura del locutor anunciando; "El observatorio del profesor Dick Randall, juntamente con su residencia particular, han sido destruidos por un artefacto desconocido. El ilustre sabio ha desaparecido y se ignora su paradero. El comisario de Policía del distrito, vistos los informes de los técnicos, asegura que se trata de un atentado perpetrado con una bomba atómica provista de mecanismo de relojería. El ministro de Seguridad Pública se encuentra desorientado, pues a Randall se le consideraba exento de enemigos..."

Randall se cogió la cabeza con las manos en un gesto de desesperación. Aquellos poderosos aparatos que constituían su orgullo y la razón de su vida, habían sido destruidos... y por un verdadero milagro su dueño no los había acompañado en el camino que conduce a la nada.

CAPÍTULO II

El golpe había sido duro. Infinidad de pensamientos y sensaciones recorrieron la mente del sabio, en una loca carrera, cuyo final podría conducir hacia la locura o la apoplejía. Pero una suave presión en ambos brazos le devolvieron a la realidad, abandonando tristes pensamientos.

Randall despertó de aquella intensa pesadilla que apenas había durado algunos segundos; encontró a su derecha al joven Bautista que le miraba con expresión bondadosa; a su izquierda se hallaba Isabel que, con la cabeza levantada, le observaba con la mayor angustia reflejada en los ojos. Y los primeros destellos de la razón, cuando el sabio reaccionó ante el impacto recibido tropezaron con los ojos de la muchacha, que el sabio encontró endiabladamente verdes.

—Perdona, Isabel — murmuró—Tus jugarretas me han salvado la vida... cuando el mundo entero me considera desaparecido... ¡muerto!

Randall respiró hondamente. ¡Ah! Todavía vivía. Pero, ¿a qué

obedecía aquel cobarde atentado? Él no recordaba haber ofendido a nadie ni tener enemigos... aparte, claro está, de los rivales científicos que opinaban de muy distinta manera; pero aquellas diferencias se ventilaban en la palestra de la prensa, la televisión y en el hemiciclo de las Universidades. Miró a los dos hermanos y experimentó una grata sensación. No estaba solo.

— ¿Quieres mucho a tu hermano, verdad? — preguntó de pronto, dirigiéndose a Isabel. Y sin esperar respuesta añadió—: ¿Y fue a causa de su dolencia por lo que entraste a mi servicio?

La joven asintió con un movimiento afirmativo.

—Pues bien — prosiguió Randall—, voy a librarte de una pesadilla... — hizo una pausa pensando: "De paso me libraré de otra", y prometió —; Yo tomaré a mi cargo los gastos de la curación de Bautista. La clínica del doctor Wade es, actualmente, la más importante de América. Poseo cincuenta mil dólares en el Banco Transatlántico. Un cheque firmado con fecha de ayer aún será válido...

Sacó un talonario de cheques y apoyándose en una mesita cercana llenó una hoja, que firmó y entregándola a Isabel, concluyó:

—Según la opinión del mundo, soy un difunto. Y como los muertos tienen el deber de dejar un testamento, os lego esta cantidad. Bautista se podrá curar en pocas semanas, tu familia tendrá un apoyo económico y tú obtendrás la independencia a que aspiras. ¡Se acabó la servidumbre!

Bautista se levantó entusiasmado y conmovido a la vez. Estrechó silenciosamente la mano de Randall. La emoción le impedía hablar.

— ¿Y usted?—preguntó de pronto Isabel.

—De mí no debes preocuparte...

—No puedo aceptar, señor Randall — protestó la joven—. Yo solamente le he dado disgustos. Lo referente a la curación de mi hermano tiene un pase; pero esa suma... no la merezco.

—Debes aceptar, aunque solamente sea para hacerme un favor. Tengo proyectado un largo viaje... que tal vez sea sin retorno. El dinero quedará en poder de tu madre en calidad de préstamo sin intereses. Si dentro de un año no he regresado, la deuda quedará cancelada...

En aquel momento, el rostro de Tex Samuels apareció en la pantalla de televisión.

“...Mi opinión, amigos míos, es que Dick Randall se suicidó a causa del fracaso de sus teorías sobre la existencia del planeta Pólux. Este nuevo mundo, gemelo de nuestra Tierra, aunque algo más joven, era sólo un producto de la calenturienta imaginación del excéntrico Randall...”

El profesor se dirigió a los dos hermanos:

— ¿Habéis visto, muchachos? No satisfechos con mi muerte, disparan sus armas contra mi prestigio. Quieren barrerlo del recuerdo de los hombres. Pero he aprendido la lección. Mientras yo discutía en el “ágora” como un verdadero ateniense, mis adversarios empleaban el sistema “maquiavélico” para eliminarme.

— ¿Pero quiénes son sus adversarios? — preguntó el joven Bautista.

—Verdaderamente, lo ignoro. Por un lado, Tex Samuels se halla interesado en proclamarme fracasado, y para ello organiza unos funerales dedicados al recuerdo de mis teorías. Pero no le creo un asesino. Alguien habrá escondido en la sombra, quien cuidará de explotar la pedantería de Samuels; en consecuencia, mi obstinado rival será un muñeco movido por hilos invisibles...

—Yo cuidaré de buscar el ovillo — interrumpió Bautista.

—Tú sólo debes pensar en curarte — replicó Isabel en tono maternal—. Sería una ofensa al señor Randall y un disgusto para nuestros padres, que no aprovecharas esta ocasión...

—Encargaré el caso a mi amigo Robert, que es el mejor detective del mundo y está relacionado con las más prestigiosas agencias informativas de América. Es un hombre discreto que sabe callar y... actuar.

—Eso ya es otra cosa — aprobó el profesor ante los atinados razonamientos del joven—; porque esta misma noche debo abandonar San Francisco y quisiera partir con la seguridad de que antes de un mes ya estarás curado. ¿Me lo prometes?

A Bautista se le formó un extraño nudo en la garganta, Jamás se le hubiera ocurrido que la sabiduría corriera parejas con la bondad, en un grado tan elevado. Al fin, balbuceó:

— ¿Tan pronto nos deja, señor Randall?

—Es conveniente obrar con rapidez. A orillas del lago Ontario poseo una finca rústica, rodeada de bosques, en donde guardo el

“Meteor”, una de las más modernas astronaves que se conocen en la Tierra. Puede desarrollar una velocidad media de cincuenta mil millas por hora y dispone de una reserva de combustible que le permitiría recorrer hasta Quinientos millones de millas y aún más. Si, como tengo calculado, cuarenta y un días terrestres de viaje serán suficientes para llegar hasta Pólux y descifrar la gran incógnita, dentro de seis meses a lo sumo, podré dar al Mundo el mayor aldabonazo que registra la historia contemporánea…

—Nada sabíamos del “Meteor” — interrumpió Isabel.—; lo llevaba usted muy calladito…

El profesor repuso:

—Verdaderamente ha sido una suerte que nadie supiera la existencia del cohete. Cuando lo adquirí en Alemania, pensaba dar la mayor sorpresa a mis rivales invitándoles a un largo viaje de exploración interplanetaria, Dentro de ocho días hubiera tenido lugar la partida hacia Pólux. Era el plazo que yo necesitaba para poner mis papeles en orden y preparar la conferencia de despedida en la Universidad de Columbia. Mi ilusión era casi infantil. Quería darles una sorpresa, pero entonces ocurrió el desastre…

—¿Y cuándo piensa emprender el viaje? — preguntó Bautista, imitando a su hermana—. Porque en una aventura de tal naturaleza, ningún detalle puede dejarse a azar.

—Dentro de un mes, a lo sumo, el “Meteor” se hallará en disposición de “zarpar”. Me faltarán solamente algunas armas y provisiones, llenar de agua los depósitos y hacer un repaso de utensilios, instrumentos, trajes especiales…

—¿Ha dicho “trajes especiales”? — inquirió Bautista —. Si marcha solo, con uno tiene bastante; ¿para qué necesita los demás?

—Los tenía preparados para mis colegas. Aunque estoy segurísimo que en Pólux los trajes con escafandra son innecesarios, se hubieran empleado en caso de que a mis compañeros se les hubiera ocurrido hacer escala en nuestro satélite o que hubieran tenido el capricho de pasar unos días en Venus.

María, la dueña de la casa, entró en aquel momento con una bandeja en la mano.

—Espero que merendará con nosotros, señor Randall — dijo.

—Mi madre se ofenderá si no acepta — añadió Isabel—. Pero a

propósito: habla usted de marcharse, manteniendo el incógnito, procurando que nadie le vea salir. ¿Cómo piensa arreglárselas? — dio una vueltecita en derredor del sabio, mirándole con una sonrisa maliciosa, y comentó —: aún no le han crecido alas,..

—¿Qué quieres decir?—balbuceó Randall, algo intrigado.

—¡Que había usted de salir de aquí como si fuera un querubín!

Randall se aplicó una palmadita en la frente, al comprender.

—Eres un demonio, Isabel — replicó—, aunque para mí has sido un verdadero ángel. Ahora me doy cuenta de que mi helicóptero estará convertido en un montón de chatarra, igual que el telescopio y los demás aparatos de mi invención. No había caído en ese detalle.

—No importa — concluyó Bautista —. Nuestro aparato se halla a su disposición y yo mismo lo conduciré hasta el lago Ontario.

Dick Randall estaba muy satisfecho. Un mes de reposo y retiro en aquella ignorada mansión, a orillas del lago Ontario, había convertido al sabio en un hombre vigoroso, pletórico de facultades físicas e intelectuales.

La residencia del sabio ofrecía un tosco aspecto exterior. Un viajero hubiera confundido aquella especie de cabaña, construida de troncos de árboles, en una humilde morada de leñadores canadienses. Y, sin embargo, en su interior estaba provista de las más modernas comodidades.

Randall era uno de esos hombres que descansaban trabajando. Dicho en otros términos: cualquier actividad diferente de la rutina diaria, constituía para él un verdadero descanso.

Sus planes marchaban a las mil maravillas. Puso en orden, sus papeles y cerró lentamente la cartera. El cohete estaba preparado. No había omitido ningún detalle. En un cobertizo situado a orillas del lago, el “Meteor” esperaba a su dueño dispuesto a lanzarse al espacio. Randall se dirigió a la puerta.

—Buenos días, señor Randall — gritó una voz conocida—. ¡ Vaya! El clima de estos contornos le ha sentado muy bien. Está usted muy cambiado.

El astrónomo volvió la cabeza. Isabel Río se hallaba sentada sobre la mesa escritorio, balanceando lentamente las piernas y sonriendo maliciosamente.

—¿Cómo has entrado en mi cabaña? — preguntó el sabio sorprendido—. La puerta estaba cerrada…

—Pero no las ventanas. He venido a darle las gracias y a notificarle que mi hermano se halla completamente restablecido. Mis padres viven encantados de la vida y mi madre ya no vive preocupada por la penuria económica…

—Bien… todo eso ya lo suponía… pero, ¿qué significa tu presencia en estos lugares, precisamente hoy?

—Que me he tomado unas largas vacaciones, con el permiso de mis padres, naturalmente, y las aprovecho para viajar por todo el mundo. He recorrido Europa y Asia… pero me había olvidado de algunas partes de América… en mi hoja de ruta figuraba hoy el lago Ontario. ¿Qué casualidad, verdad? No esperaba encontrarle a usted instalado en este palacio…

—Déjate de ironías, Isabelita — protestó el sabio—. Dime claramente qué pretendes.

—Sencillamente, visitar el “Meteor”.

—Bien, concedido; pero recuerda que no podemos perder tiempo. A las doce en punto quiero “zarpar”, porque es la más favorable para pasar desapercibido. Tengo estudiados los horarios de las comunicaciones aéreas y a esta hora no pasará ningún vehículo en mil leguas a la redonda. ¡Vamos a satisfacer tu curiosidad!

—Esto es magnífico — comentó la joven al ver las modernísimas instalaciones del interior del cohete—. Un viaje en este cacharro ha de resultar delicioso.

Una expresión de alarma apareció en el rostro de Randall.

—Vamos, sé buena chica. Tus padres jamás me perdonarían que yo expusiera tu vida en una aventura de esta naturaleza… A propósito, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—En mí helicóptero. Lo tengo aparcado en un calvero situado a cien yardas de este lugar.

—Pues no pierdas tiempo. Se acerca la hora de salida y un retraso estropearía muchos de mis cálculos. ¡Anda, vete y saluda a tus padres en mi nombre!

Isabel se dirigió a la puerta del vehículo, mientras el sabio consultaba su reloj. Faltaban cinco minutos para la marcha.

—Una pregunta — dijo Isabel a punto de apearse —. ¿Cómo se las va a arreglar para dirigir, observar, comer y dormir, siendo usted solo el que vaya en el cohete?

—Dispongo del piloto automático. Un "robot" dotado de un cerebro electrónico, acoplado al mecanismo del aparato, el cual obedece las rutas dictadas de viva voz. En este momento tiene la orden de la ruta a seguir para los dos primeros millones de millas. Durante este tiempo no tendré que preocuparme de los mandos del cohete. Pero, ¿qué esperas? Falta solamente un minuto y aún te encuentras aquí. ¡Marcha en seguida que es muy peligroso! El remolino que se formará a la salida del "Meteor" o el chorro de los gases podrían perjudicarte.

Randall empujó suavemente a la muchacha para obligarla a pasar la puerta, pero, en aquél momento, un objeto duro cayó sobre su cabeza y el sabio se desplomó sin sentido.

CAPÍTULO III

Cuando el profesor volvió en sí, oyó voces que discutían y aunque aturdido por el golpe, no quiso abrir los ojos acuciado por la curiosidad de lo que ocurría a su alrededor. Lentamente las ideas acudían a su mente y recordaba la actitud obstinada de Isabel, resistiéndose a salir del vehículo, cuando faltaban escasos minutos para que el piloto automático abriera la primera marcha destinada a salir de la zona de gravedad de la Tierra.

Las voces aumentaban gradualmente de tono. Una de ellas resonaba cerca de sus oídos.

—Eres un bruto, Bautista — decía la más dulce, muy cerca de Randall—. Estoy sufriendo horriblemente... jamás te perdonaría que le hubieras matado.

—Eres muy exagerada, hermanita — repuso la voz más distante —. El porrazo ha sido administrado con este madero, y ni siquiera tiene un chichón.

Randall sintió un leve ruido de pasos y luego unas manos que se posaban en la parte posterior de su cabeza.

—Busca en uno de esos armarios — ordenó la voz femenina—; una fricción de alcohol y, luego, una copita de "whisky" le reanimarán.

El profesor sentía vivos deseos de abrir los ojos. Había reconocido las voces de los dos hermanos; pero sintió la curiosidad de conocer por qué habían obrado de aquel modo sin necesidad de interrogarlos.

Randall continuó con los ojos cerrados y los oídos muy abiertos. Oyó unos pasos que se alejaban. De pronto, el corazón le dio un vuelco. Sintió que una piel cálida y suave le rozaba la frente y que unas manos femeninas le acariciaban los cabellos.

—Eres un hombre, Dick — susurró la voz de Isabel—. Si hubieras vivido en tiempos de Diógenes, éste hubiera roto la linterna por considerarla completamente inútil...

El rumor de los pasos que regresaban se percibió claramente.

—Toma, Isa, hazle oler este frasco, mientras yo le fricciono el cuero cabelludo.

De súbito, el sabio sintió que le zarandeaban la cabeza por diferentes lugares y decidió abrir los ojos.

—¡Oh!... ¿Qué me ha ocurrido? — sintió una leve presión en el lado izquierdo de la barbilla y al intentar incorporarse vio un par de esmeraldas que le tenían enfocado y una rosa escarlata que se entreabría para sonreír—. ¡Ah!... ¿eres tú, Isabel?

La muchacha le preguntó:

—¿Se encuentra mejor?

—Sí... solamente me duele ahí — y señaló con la mano la parte posterior del cráneo.

—Le ruego nos perdone, señor Randall — suplicó la joven con voz trémula.

—¿Perdonaros?—repitió el sabio.

—Sí... la jugarreta que acabamos de hacerle.

En aquel momento, el profesor hizo un esfuerzo para sacudirse los dulces efluvios que le envolvían a manera de soporífero y comprendió toda la realidad. Se incorporó rápidamente, dirigiéndose hacia uno de los lados de la estancia para mirar a través de los cristales. Los árboles habían desaparecido y entonces se dio cuenta de que no se hallaba en la cabaña, si no en el interior del “Meteor”.

—Pero... ¡Santo Cielo!—exclamó horrorizado—. Se frotó los ojos y

reconoció detenidamente el lugar donde se hallaban—. No hay duda — prosiguió—, nos hallamos en el interior del cohete y ahora recuerdo que estaba a punto de emprender la marcha...

—No queríamos perjudicarle — dijo Bautista, expresando la pena de un muchacho cogido en una falta.

—No es a mí a quien habéis puesto en un grave peligro, sino a vuestras propias vidas. Durante quince años he vivido enloquecido, soñando con este viaje, aunque ello implicara exponer mi vida en aras de la ciencia. Pero ahora sufriré por vosotros, los únicos seres a quienes aprecio en esta vida...

—Pues debe saber — replicó Isabel — que hemos venido voluntariamente; que no podíamos permitir que un hombre honrado y generoso expusiera su existencia intentando solo tamaña empresa. ¿Qué hubiera sucedido de haber caído enfermo durante el viaje? ¿Quién le cuidaría? Y total, ¿para qué? ¿Para legar a la Tierra un nuevo mundo? La Humanidad acostumbra a ser desagradecida con sus contemporáneos. Solamente la Historia es justa con los gran- des hombres. Mientras éstos viven, los envidiosos y los intrigantes trabajan noche y día para quitarles mérito a sus hazañas, y, siempre que pueden, cortan retazos cada vez mayores al prestigio de los héroes.

—¿Y vuestros padres? — inquirió Randall—. ¡Recibirán un disgusto de muerte! Avisaré por la radio de a bordo...

—No haga eso, por favor — suplicó Isabel—. Cuando estaban más satisfechos por la pronta curación de mi hermano, les propuse que me autorizaran a emprender un viaje alrededor del mundo, acompañado de Bautista, naturalmente, y ellos accedieron. Les prevení que no recibirían noticias nuestras, pues teníamos la intención de recorrer los lugares más pintorescos de Asia y América. Hasta dentro de seis meses no esperan nuestro regreso y la agencia “Post” se encargará de enviarles semanalmente una tarjeta postal fechada en un lugar distinto cada vez.

—No comprendo... — murmuró el profesor.

—Más claramente — añadió Bautista—. Mi hermana y yo forjamos el proyecto de acompañarle a usted y tuvimos que organizar una pequeña coartada. Ésta consistía en preparar veintiséis postales con fechas y lugares escalonados y entregarlos a la agencia, para que enviara al correo una por semana. Como representaría que nunca nos hallaríamos en el mismo lugar, nuestros padres no extrañarían que sus

cartas no fueran contestadas. Pero las continuas noticias que recibirían les tranquilizarían completamente.

—A pesar de eso, tendré sobre mí la responsabilidad de vuestras vidas…

—Puede estar bien tranquilo, señor Randall — interrumpió Bautista—. Por las cosas que me ha explicado mi hermana, tengo una confianza ciega en los cálculos y teorías que usted defiende. Es más; estamos completamente seguros de su triunfo, y a nuestro regreso daremos fe ante el mundo entero de todo cuanto veamos por nuestros propios ojos. Y añado: presiento que la Providencia coronará “nuestros” esfuerzos con el descubrimiento de un mundo nuevo…

—Singulariza, hermano — puntualizó Isabel—. El profesor es el único que lleva quince años devanándose los sesos en los estudios y gastando fortunas en aparatos de su invención. “Nosotros” lo único que hacemos es obligarle a soportar nuestra compañía, porque es un hombre bueno, porque es un sabio y también porque le queremos a su pesar, como nos lo está demostrando.

Randall se rascó la negra barba en su gesto más característico. Hizo ademán de hablar, pero la travesura de los dos hermanos le había conmovido tanto que estuvo varios segundos sin poder articular palabra. Al fin balbuceó:

—Bien, muchachos… me habéis aliviado de una preocupación… seguidme que os enseñaré todo el funcionamiento del “Meteor” y de paso os explicaré mis proyectos. Luego nos reuniremos para organizar los servicios de a bordo y discutir un plan de campaña.

A los cuarenta y un días de viaje, los tres tripulantes del “Meteor” se hallaban preparados para un inminente aterrizaje.

Llevaban ya veinticuatro horas turnándose rigurosamente. Las guardias duraban seis horas. El que estaba de “puesto” no se separaba del telescopio de a bordo y vigilaba, de vez en cuando, los aparatos de “radar”.

—¡Aquí hay algo, Isa! —gritó Bautista, que en aquel momento estaba de turno —. Parece la Tierra cuando la vemos a través de las películas televisadas. ¡Mira!

La joven se acercó al telescopio y, sentándose cómodamente, observó con atención.

—Vaya, chico… esto es maravilloso… pero no entiendo… nos

acercamos por el lado oscuro y nuestro camino seguía una dirección diagonal. Siéntate y vigila. Lo preguntaré al señor Randall que se encuentra en la sala de máquinas.

Isabel dejó el puesto a su hermano y se dirigió a la cabina de mando del cohete.

El profesor se hallaba atareado, moviendo palancas y apretando resortes, cuando entró la joven empujando la puerta.

—Señor Randall, nos acercamos a un cuerpo celeste que yo diría que es la mismísima Tierra, pero la dirección...

—Ya lo he oído, Isabel, no te alarmes y recemos una oración en acción de gracias al Creador. En mi último turno de guardia los aparatos registraron la presencia de una zona de gravedad que comenzaba a ejercer su atracción sobre nuestra nave. Pero hubiéramos entrado en contacto con el planeta por la parte iluminada y no entraba en mis planes. Aunque estoy convencido que la vida en Pólux debe hallarse en un período similar a nuestro Cuaternario, existía el peligro que estuviese colonizado por habitantes de otros mundos más civilizados, e intentaran cualquier acto hostil contra nosotros. En consecuencia, ejecuté una maniobra destinada a penetrar en la zona de gravedad del lado sombrío. En nuestros términos le llamaríamos “dar un rodeo”... — el profesor sacó un pañuelo del bolsillo y mientras se limpiaba las gruesas gotas de sudor que perlaban su rostro, continuó —: la proporción de oxígeno supera a la de la Tierra, pero también existe gran cantidad de anhídrico carbónico que, por fortuna, es perfectamente soportable para nuestros pulmones. Los detectores señalan que el gas carbónico se concentra a partir de las trescientas yardas de la superficie del planeta. Por lo tanto, la zona inferior es la más rica en oxígeno y, seguramente, nos permitirá prescindir de los trajes especiales.

Randall movió una palanca y el “Meteor”, ejecutando un lento viraje, comenzó a descender de popa hacia la parte sombría de Pólux.

- ¡Eh!... ¡Que nos caemos! —gritó Bautista, entrando en la cabina de mandos, visiblemente alarmado.

—Descendemos, hermano, que no es igual — rectificó Isabel—. ¿Crees que me hallaría yo tan tranquila conversando si sucediera tal cosa? En estos momentos la nave tiene puesta una pequeña marcha, lo suficiente para contrarrestar la gravedad del planeta y evitar que podamos estrellarnos. Ahora callemos, que el profesor pueda estar atento a la maniobra, No vaya a resultar que por distraer al conductor,

tus temores se realicen.

Una hora más tarde el ruido de los reactores aumentó de intensidad. Habían entrado en la capa gaseosa de Pólux.

—Eso me escama, Isa. Preveo un batacazo de los gordos y no estoy muy documentado sobre la resistencia de la nave. Se lo diré al profesor...

—No te muevas del sillón, si quieres conservar tus huesos intactos — repuso la joven—. No tardaremos en aterrizar y podría sorprenderte antes de llegar a la cabina de mando.

Como respuesta a la réplica de Isabel, en aquel momento se oyó un crujido, acompañado de una brusca sacudida y el “Meteor” quedó completamente inmóvil.

—Hemos llegado, amigos — gritó Randall desde la cámara de mandos—. Toda la razón de mi vida, la gran incógnita que ha devorado quince años de mi existencia, se revelará mañana... ¿mañana?—repitió consultando su reloj —, hoy mismo. Son las doce y veinte y deberemos esperar a que aparezca el sol. Según mil cálculos, no aparecerá hasta las seis y treinta. Creo lo más conveniente descansar durante este tiempo. Mientras, analizaré la composición de la atmósfera.

Los dos hermanos, fatigados por la fuerte tensión nerviosa experimentada durante las últimas veinticuatro horas, se tendieron en sus literas individuales y pocos minutos después quedaban profundamente dormidos.

Randall escuchó atentamente la pausada respiración de aquellos dos seres atolondrados, pero de corazón noble y generoso y murmuró, como en un rezo:

—Gracias, Dios mío. Yo emprendí este viaje guiado por la inteligencia que me diste al nacer y por los estudios que me has permitido adquirir. Tú, Señor, te dignaste alumbrar con los rayos de la inspiración, el árido camino de mis investigaciones, dando aliento a mi alma con la brisa de la esperanza. Pero estas criaturas, que ahora confiadamente descansan, emprendieron esta aventura sin calcular los peligros. No debí permitirlo. ¡Perdóname! Y, en gracia a su impulso generoso y a la fe que tienen depositada en tu humilde siervo, te ruego les apartes de las consecuencias de un mal paso y les colmes de toda clase de bendiciones.

CAPÍTULO IV

— ¡Hurra, muchachos!—gritó Randall—. ¡Estoy altamente maravillado! ¡Mirad!

Isabel y Bautista se desperezaron y observaron a través de los cristales del cohete.

La astronave se hallaba en lo alto de una colina cubierta por entero de una rara vegetación; helechos gigantescos al lado de “pomydas” de hojas desmesuradamente grandes. Árboles cuyos troncos medían trescientas yardas de longitud por doce de diámetro, formaban un vivo contraste con otros vegetales en forma de hongos que a su lado resultaban enanos. Todo el paisaje parecía envuelto en una ligera niebla que amortiguaba la potencia de los rayos solares.

—Habéis dormido como marmotas — comentó el profesor—. ¡Vaya con los chicos! Deberíamos haber salido a las siete y son ya las diez. Vamos, Isabel, prepáranos el desayuno y tú, Bautista, revisa las armas y los equipos. ¡Se acabaron las comidas sintéticas! ! A partir de hoy dispondremos de carne y frutas en abundancia y podremos explorar este mundo tan cercano al nuestro y, sin embargo, tan ignorado.

La joven se dispuso a preparar la mesa, mientras su hermano inspeccionaba los equipos necesarios para la exploración.

—El aire es perfectamente respirable — explicó el profesor cuando estuvieron reunidos—. Mientras vosotros descansabais me he atrevido a dar una batida por esos alrededores. No he querido exponeros a las consecuencias de un posible fallo de los aparatos de a bordo. Nos hallamos en un lugar de la zona templada, al oeste del gran continente central; pero la temperatura es bastante más elevada que la de la Tierra. Los grandes bosques son los dueños y señores de todas las tierras emergidas de Pólux. Observad estas fotografías — Randall colocó encima la mesa una colección de cartulinas y continuó—; estas instantáneas tomadas sucesivamente a medida que el “Meteor” se acercaba a Pólux, demuestran que éste se compone de tres grandes continentes unidos entre sí por débiles istmos; estas manchas son las islas — y al llegar a la última foto indicó con el dedo meñique—. ¿Veis estas líneas blanquecinas que surcan los continentes en todas direcciones? Son los grandes ríos de Pólux. Por tanto nos hallamos en un verdadero enclave en donde se juntan dos continentes. A cien yardas de aquí hay un pequeño curso de agua equivalente a nuestro Misisipí. Afortunadamente con nuestra canoa de agua de propulsión

atómica podremos recorrer grandes extensiones utilizando las vías fluviales…

—Hay algo que no entiendo — interrumpió Isabel—. En las fotos no se aprecian visiblemente los casquetes polares.

—Pólux es un verdadero mundo de contrastes — repuso Randall —. A juzgar por la excesiva humedad que impera en las extensas selvas, unido a la elevada temperatura reinante, preveo la existencia de grandes saurios; pero existen zonas situadas generalmente entre dos caudalosos ríos en las cuales decrece la vegetación. Las sabanas aparecen tímidamente, sembradas, de vez en cuando, por pequeños bosquecillos de arbustos. En lugares semejantes aparecieron sobre la Tierra los primeros mamíferos y con ellos el hombre, futuro rey de la Creación… — el sabio se rascó la negra barba en su gesto habitual y reaccionó—; pero perdona, Isabel, me he separado de la cuestión. Hubo un tiempo en que la Tierra se hallaba en idénticas condiciones. Luego aparecieron los períodos glaciares y los hielos fueron avanzando en dirección al Ecuador; más tarde volvieron a retroceder, y así en sucesivas etapas desaparecieron muchas especies de animales y surgieron otras mejor preparadas para resistir la nueva etapa geológica. Actualmente este planeta aún no ha sufrido el zarpazo de los hielos y la temperatura es casi uniforme en la mayor parte de su superficie. Pero será mucho mejor que nos preparemos para observar con nuestros propios ojos el mundo que nos rodea. ¡Bautista! —gritó dirigiéndose al joven—. ¿Todo preparado?

—A punto, señor Randall. La canoa anfibia preparada; armas: un fusil y dos pistolas atómicas y tres metralletas de tiro ordinario; tres bolsas de costado con machete, brújula y botiquín correspondiente…

—¡Pues en marcha! — ordenó Randall—. A nuestra izquierda he visto un sendero bastante transitable que conduce al rio; probablemente será un camino abierto por los grandes reptiles. Desconocemos los peligros de la selva y lo más prudente será efectuar las exploraciones por vía fluvial.

El Meteor" se hallaba situado en la parte superior de la colina, con la proa apuntando al cielo. En aquel momento se abrió una puerta de la astronave y apareció un enorme brazo metálico semejante a una grúa, que depositó en el suelo un extraño vehículo en forma de pez; era la canoa anfibia. Ésta se hallaba provista de cuatro ruedas plegables que le permitían correr sobre la tierra con igual facilidad que surcaba las aguas. Construida de una materia plástica inventada por los sabios de Marte, podía resistir los temporales y las más duras pruebas, sin el menor peligro para sus ocupantes.

—Esto es confortable — comentó Isabel cuando el vehículo se puso en marcha —. Al señor Randall no se le pierde un detalle. ¿Cómo adivinó que este cacharro nos sería de tanta utilidad?

—Muy fácilmente — repuso el sabio—. En una selva virgen y remota, en donde los árboles forman un techo de ramas entrelazadas entre sí, y las lianas abundan a millones en todas las direcciones, cualquier vehículo aéreo — helicóptero o avión — hubiese resultado sumamente peligroso.

Habían llegado a orillas del río y el vehículo dio un enorme salto al chocar contra el tronco de un árbol caído, a pocos pasos del agua.

Un sordo bramido semejante a una tempestad se oyó a continuación. La canoa se hallaba en el agua y navegaba con una suavidad propia de los yates de recreo.

— ¡Mire, profesor!—gritó Bautista, señalando el lugar del sendero donde tropezaron con el tronco —. El árbol caído se levanta y se mueve...

—Por lo visto no era ningún vegetal — explicó Randall —. Nuestro vehículo pisó la cola de un enorme “brontosaurio” que se hallaba descansando tranquilamente.

—Vámonos, profesor — explicó Isabel —. Estos reptiles me causan repugnancia.

—De ninguna manera, señor Randall— protestó Bautista—. ¡Vea allá abajo!

Efectivamente; la monstruosa silueta de un “ceratosaurio” apareció de improviso y se dirigía a grandes saltos, semejante a un gigantesco canguro, hacia el lugar donde el “brontosaurio” había tenido tan violento despertar.

—Habrá combate, de seguro — comentó el profesor—. ¡Observad!

El “brontosaurio” comprendió la naturaleza del peligro en que se hallaba y a toda prisa, dentro de la velocidad que le permitía su enorme y alargado cuerpo, se dispuso a la defensa. Pero ya su enemigo le había alcanzado y de un enorme salto cayó sobre su presa en la parte superior del lomo. El “brontosaurio” lanzó un rugido de dolor. Su adversario le había sujetado con las garras de sus cortas patas delanteras y apretaba sus mandíbulas de gigantesco cocodrilo, intentando destruirle la espina dorsal.

—¡Debemos salvar al “brontosaurio”! — gritó Isabel—. ¡Es el

menos terrorífico de los dos y de aspecto más inofensivo.

Randall descolgó uno de los fusiles atómicos.

—¿Qué tal estás de puntería? — preguntó a Bautista.

—Fui campeón de la Universidad.

—Pues dispara sobre el “ceratosaurio”.

Bautista apuntó al pecho del horrible monstruo y apretó el gatillo. Una terrible explosión atronó el espacio y el “ceratosaurio” saltó hecho añicos. La potencia de las balas explosivas de un simple fusil atómico, equivalía a la de los proyectiles de los grandes acorazados que surcaron los mares durante el siglo xx.

—Mire allá, profesor — dijo Isabel —. La selva está muy concurrida.

En efecto; una multitud de extraños pájaros emprendieron el vuelo en todas direcciones. Muchos de ellos estaban provistos de membranas, en lugar de plumas, lo que les daba el aspecto de gigantescos murciélagos; otros tenían el pico en forma de tijera semejantes a los “marabús”, pero con una doble hilera de dientes. Serpientes voladoras y reptiles de los más variados tamaños, cruzaban el bosque en todas direcciones; algunos de ellos se tiraron al río.

— ¡Huyamos, profesor!—exclamó Isabel alarmada—. Varios de esos bichos vienen hacia nosotros; algunos son tan grandes que, de un coletazo, pueden darle un vuelco a la canoa... ¡Vaya, y usted, muy optimista, hablaba de comer carne fresca y sabrosos frutos!... prefiero los alimentos sintéticos.

—Eres algo desconfiada, Isa — replicó Bautista —. ¿Crees acaso que toda la fauna se compone de reptiles y toda la flora de extraños y gigantescos árboles? Tú sólo puedes hablar de lo que has visto hasta este momento. Tal vez se trate de una región tropical de Pólux. ¿No existen en la Tierra semejantes contrastes y diferencias, aunque en menor escala?

—Tienes razón, muchacho — aprobó Randall—. Seguramente nos hallamos en una zona situada en el Ecuador. Observad esto — sacó un gráfico del bolsillo y señaló con el dedo índice—: Pólux se mueve dentro de una órbita más cercana al Sol que la Tierra, y, sin embargo, el astro rey no se ve por ninguna parte.

Isabel y Bautista levantaron la cabeza y vieron una espesa neblina a más de trescientas yardas de altura que impedía por completo el

paso de los rayos solares. La luz que les envolvía tenía un aspecto difuso de un día algo nublado. De vez en cuando, y como por arte de magia, unos chorros de vapor brotaban de la tierra húmeda.

El sabio prosiguió:

—Pero estoy plenamente convencido de que, si seguimos en dirección norte, veremos el panorama completamente cambiado —guardó el papel en su bolsillo y ordenó—: ¡Toma el volante, Bautista! ¡Dirige la embarcación río arriba!

El joven no se hizo rogar y puso el vehículo en marcha.

—Acelera cuanto puedas — añadió Isabel — o me veré obligada a seguir con las comidas sintéticas durante todo el tiempo que permanezcamos en Pólux.

* * *

Llevaban varias horas navegando contra la corriente, sin detener siquiera el vehículo para tomar una ligera refacción. El tiempo transcurrió volando, ya que, a pesar de que el paisaje no tenía ningún parecido con cuantos podían haber visto en la Tierra, imponía por su extraña grandeza.

—¿Cree, señor Randall, que podremos ver alguna vez la luz del sol? — preguntó Isabel, pensativa.

—Cuando hayamos salido de la zona superselvática — repuso el profesor con una sonrisa—. Hace millares de años que nuestros antepasados en la Tierra se encontrarían igual que nosotros aquí. La atmósfera cargada de humedad y vapor de agua, forma esta extraña neblina que impide el paso de los rayos solares. A ello contribuye la inmensidad de la selva. Pero sigo creyendo que, más al norte, podremos verle la cara al “rubicundo Helios”, corno decía el poeta.

La canoa impulsada por sus potentes reactores, seguía devorando millas.

Pronto divisaron una isla de considerables dimensiones situada en el centro del río. Éste abría dos anchos brazos para rodearla.

—Creo que el paisaje ha experimentado alguna transformación —dijo el profesor, dirigiéndose a Isabel.

La joven observó detenidamente. La vegetación, aunque todavía salvaje, ofrecía un aspecto más parecido a la de la Tierra.

—Vamos a explorar la isla — decidió Randall —. Según mis cálculos, nos hallamos ya en plena zona templada, aunque la temperatura algo uniforme de Pólux, impida que podamos sentir mucha diferencia en el clima. ¡Cuidado, muchacho!—gritó dirigiéndose a Bautista—. Procura escoger un lugar apropiado de la orilla, cuya pendiente permita accionar las ruedas. Un poco de ejercicio no nos vendrá mal para desentumecer las piernas.

El joven dio un rodeo hasta encontrar el lugar deseado. Diez minutos más tarde, la canoa anfibia penetraba al interior de un bosquecillo de palmeras, sicomoros y pinos enanos.

—¡Qué bien se respira!—exclamó Randall saliendo el primero.

—Aquí no se nota tanto el calor — repuso Isabel.

—Naturalmente — terció Bautista—. ¿No has oído que estamos ya en zona templada?

—Lo será... dentro de millares de años — aclaró el profesor—. El hecho de que hayamos salido de una zona tropical no implica que esta región tenga un clima de zona templada, tal como en la Tierra se entiende esta expresión. Pero de todas formas, este ambiente no es tan agobiante como el anterior.

A medida que avanzaban, la alegría y el optimismo se relajaban en los rostros de los tres aventureros; una sensación de bienestar les invadía por completo. Al pasar cerca de unos árboles frutales, el profesor alargó la mano y cogió una enorme pera que ofreció a Isabel.

—Puedes comerla sin temor — dijo — y aún verás otras frutas que te harán olvidar los comprimidos de a bordo.

Bautista se metió por un sendero entre matorrales, volviendo a los pocos minutos con una enorme pina tropical en la mano.

—¡Es comestible esto? — preguntó.

Randall examinó la pifia.

—Con toda confianza — repuso—; pero no es conveniente abusar de las frutas. Tendremos que habituar nuestra naturaleza al cambio de alimentación.

Ambos jóvenes ofrecieron parte de su comida al profesor, que aceptó complacido.

De pronto, Isabel lanzó un grito y se abrazó al profesor, presa de

temor.

—¡Monos grandes, gorilas!...—gritó—. ¡Son horrorosos!

Bautista se echó el fusil a la cara.

— ¡Espera, no dispares!—exclamó Randall—. Pueden resultar inofensivos y debemos evitar toda matanza innecesaria.

En aquellos momentos, unos extraños seres llegaban cerca del lugar donde se encontraban los exploradores terrestres. Eran de corta estatura y caminaban encorvados; sobre su rostro se inmovilizaba una fealdad triste y humilde. Su única indumentaria consistía en un taparrabos de pie y el único armamento consistía en unas rudimentarias mazas de madera; sus negros cabellos, dispuestos en pequeños mechones, les bajaban hasta la barbilla.

—Son “tardígrados” — explicó el profesor —. No temas, Isabel — añadió, parece que no vienen en son de guerra. Al parecer huyen de algún peligro.

Al sentir las mejillas de Isabel apoyadas en su pecho, en un lógico instinto femenino de buscar protección en el hombre, Randall sintió arder la sangre en sus venas y que una vibración juvenil se apoderaba de todo su ser. En aquel momento hubiera luchado solo contra aquel extraño mundo, sin importarle los peligros. Sentimientos dormidos hacía tiempo se despertaron juntamente con elevados ideales e ideas altruistas.

—¿A qué raza pertenecen?—preguntó Bautista, bajando el fusil.

—En la Tierra pertenecieron a una especie precursora del hombre actual. Hace millares de años que esa raza se extinguió.

No muy tranquilizada, Isabel se colocó entre su hermano y el profesor, cogiendo a ambos por el brazo.

— ¡Qué suerte! — exclamó el profesor.

Isabel lo miró con asombro.

—¿Suerte? — preguntó, con una mueca significativa y mirando a su hermano.

—No dudes, mujer. No estoy loco — aclaró Randall —. ¡Poder estudiar una raza ya extinguida, sin necesidad de huesos ni de hipótesis!

—Creo que será más importante otra suerte de estudios — replicó la joven—. Por ejemplo: ¿Quién tuvo interés en atentar contra su vida allá en la Tierra, destruyendo al propio tiempo sus inventos telescópicos? Y va otro: ¿Saldremos de este mundo sin habernos roto la crisma? Comience por estos problemas. Mañana ya le daré los deberes...

En aquel momento Bautista exclamó:

—Mira, Isa, los “tardígrados” vienen huyendo, alguien les persigue... ya han caído media docena atravesados por las flechas.

El tropel de fugitivos, con los ojos desorbitados por el terror, llegó al lugar donde se hallaban los terrestres. Entonces el susto que sufrieron aquellos desgraciados llegó al paroxismo. Silbaron nuevas flechas y varios individuos de la horda pasaron a mejor vida.

La vista de los terrestres produjo en el ánimo de la horda una confusión que dominaba al terror que sentía en aquellos momentos. Los primeros se detuvieron frenando en su huida a los demás y poco a poco se fueron apelotonando como un rebaño alrededor de los tres exploradores. Una angustiosa indecisión se apoderó de aquellas pobres gentes, hasta que el que parecía ser el jefe se arrodilló ante los recién llegados; los demás le imitaron.

—Nos han tomado por dioses — dijo Randall—. ¿Pero dónde está el enemigo? ¿Quién los persigue?

Una flecha que, silbando como una serpiente, rozó la ropa de Isabel arrancándole un grito de terror, fue la única respuesta que obtuvo el profesor

CAPÍTULO V

A cincuenta yardas de distancia empezaron a moverse los arbustos. Alguien, parapetado detrás de un árbol corpulento, seguía disparando sus dardos, que causaron nuevas víctimas. Bautista apuntó en aquella dirección y apretó el gatillo. Una formidable explosión, que conmovió toda la isla, llenó de terror el alma confusa de los pobres “tardígrados”. El árbol donde se parapetaban los invisibles perseguidores saltó en mil pedazos y unos gritos de espanto siguieron al estruendo de la explosión. El coro de voces y aullidos fue disminuyendo de volumen hasta que el silencio reinó nuevamente.

—¿Te han herido, Isabel? — preguntó Randall, presa de la más viva ansiedad, mientras cogía a la joven por la cintura—. ¡Subamos a la canoa y empecemos la persecución! Haré un escarmiento que se acordarán a través de las edades.

—No ha sido nada, profesor — repuso la joven, mostrando el vestido ligeramente desgarrado—. Tal vez el proyectil no iba dirigido a mí.

Randall respiró aliviado. Sólo el pensamiento del peligro que había corrido la joven, le llenaba de escalofríos.

—Aún estamos a tiempo de alcanzarlos — dijo Bautista—, a menos que se hayan internado en el bosque del otro lado del rio.

—Pero, ¿qué hacemos con esas pobres gentes? — inquirió Isabel, señalando la horda de "tardígrados" que continuaban postrados ante los terrestres.

Randall se acercó a un herido que lanzaba lastimeros gruñidos, retorciéndose de dolor. Tenía un costado atravesado por una flecha, cuya punta asomaba por el bajo vientre. Los dos hermanos se acercaron al grupo. En aquel momento el herido quedó completamente inmóvil.

—He llegado tarde — murmuró Randall, mientras arrancaba la punta de sílex—, esta flecha estaba envenenada.

El profesor siguió observando el cadáver del "tardígrado", que constituía un verdadero ejemplar de su raza. Era de mandíbula prominente y la frente se extendía hasta las enormes arcadas de las cejas; la parte posterior de la cabeza, de tamaño desmesurado, parecía muy pesada.

—Pero, ¿quiénes eran los enemigos de esos desgraciados? — preguntó Isabel, en tono compasivo.

—Alguna raza más inteligente y mejor dotada para la vida, que los considerará como a seres inferiores.

La horda continuaba en actitud implorante. Randall fijó los ojos en uno de aquellos seres que por estar más cerca que los demás, de vez en cuando levantaba la cabeza como suplicando le concedieran audiencia.

—A ver, tú — dijo el sabio —. ¿Quiénes son vuestros enemigos y por qué os venían persiguiendo?

El aludido, que parecía ser el jefe de la horda, señaló hacia el norte. Al parecer pertenecían a una especie que no sabía articular palabras; pero con señas y una telepatía proveniente de los ojos, parecida a la que algunos naturalistas atribuyen a los perros, indicó que era una tribu enemiga perteneciente a una raza más adelantada y provista de mejores armas, que les hacía una guerra sin cuartel para exterminarlos.

Randall le hizo señas de que podían levantarse todos. Respondiendo a un gruñido del jefe, toda la horda se puso en pie y rodeó a los terrestres. Entonces los aventureros pudieron darse cuenta de la corta estatura de aquellos desgraciados seres. Al parecer no conocían utensilio alguno y sus únicas armas consistían en una maza de madera corta, que al propio tiempo, cuando caminaban, les servía de báculo para apoyarse.

—¿Dónde está tu hermano? — preguntó a Isabel.

Como una respuesta a la pregunta del sabio, el joven apareció detrás de unos arbustos.

—Oye, hermanito — amonestó Isabel—, te ruego que no te separes de nosotros. ¿De dónde vienes?

—De la parte norte de la isla. Mirando río arriba he visto unas piraguas que se alejaban bogando contra la corriente. Subamos a la canoa; aún podríamos alcanzarlas.

—Es tarde — contestó Randall consultando su reloj. Falta una hora para ponerse el sol y no es prudente que nos sorprenda la noche en plena navegación o en cualquier ribera de este misterioso río. Hoy pernoctaremos en la isla y mañana emprenderemos nuestras exploraciones.

—Podríamos construir una cabaña — sugirió Bautista—. Todo esto empieza a gustarme.

—Prefiero dormir en la canoa — replicó Isabel—. En caso de cualquier agresión, ya sean hombres o fieras, ofrece mejores condiciones de seguridad.

En aquel momento los “tardígrados” se habían reunido formando un círculo y cada uno de ellos depositó en el centro el producto de la recolección del día: raíces de plantas, frutos con pepitas, moluscos univalvos y hojas de hortalizas; el montón era considerable. El día iba declinando con rapidez y el jefe distribuyó los víveres equitativamente.

—Estos desgraciados son justos — murmuró el sabio satisfecho.

—Me extraña que no enciendan una hoguera — comentó Bautista —. He leído en los libros que hablan de las grandes exploraciones que el fuego ahuyenta a las fieras.

—A lo mejor no conocen la manera de encender fuego — repuso Isabel—. Deberíamos enseñárselo.

Randall se acercó al jefe de la horda y le habló por señas durante unos minutos. Seguidamente, a un gruñido del jefe, todos se esparcieron por la isla, volviendo al poco tiempo cargados de ramas y hojarasca, con las cuales hicieron una pila. El profesor, acompañado del jefe de la horda, se acercó al montón de leña. De pronto, una llamarada se elevó al aire. Comenzaba a anochecer. Aquellos infelices, al ver que el fuego podía ser invocado y dominado a voluntad, rodearon a los terrestres, dando las más vivas muestras de alegría y exteriorizando con los más torpes saltos su agradecimiento.

Minutos más tarde, el jefe de la horda se acercó a Isabel y le ofreció una gran variedad de frutas silvestres, envueltas en anchas hojas de un color verde claro.

Randall “habló” nuevamente con el jefe. Por las muestras de agradecimiento que dio este último, aquello parecía una despedida. Luego se dirigió a los hermanos, diciendo:

—Les he enseñado a encender fuego, con los procedimientos que emplearon nuestros antepasados en la Tierra. Ahora vámonos a la canoa que mañana debemos reanudar la exploración. Este mundo está lleno de paradojas, henchido de misterio…

—Hay algo que no me explico—murmuró Bautista—. ¿Por qué fueron atacados los pobres “tardígrados”, si son gente pacífica e inofensiva? ¿Quiénes son sus enemigos?…

—Otra cuestión — terció Isabel—. Si esté planeta se encuentra en análogas características que la Tierra, con la única diferencia de unos miles de años más joven que el nuestro, estará aún poco poblado y las guerras no tienen justificación… ¡Vaya!, que todo esto empieza a intrigarme.

—Ya hablaremos mañana de todas estas cosas, muchachos — cortó el profesor—. Creo que lo mejor que podemos hacer ahora es cenar tranquilamente y luego a descansar. Al parecer, nos hallamos ante un fascinante capítulo de la historia de Pólux.

* * *

Al apuntar el día, la “Delfina” — con cuyo nombre fue bautizada la canoa anfibia — emprendió la marcha río arriba. Una hora más tarde llegó a un paraje de espesa vegetación, pero cubierta de árboles de inferior tamaño.

De pronto, Bautista, que conducía la embarcación, disminuyó la marcha de los motores.

—¡Piraguas a estribor! —gritó, remedando la voz de un viejo lobo de mar.

—Acerquémonos — ordenó Randall—. Seguramente pertenecen a los enemigos de los “tardígrados”, ¡Esto se pone interesante!

—Pero no se ve a nadie — observó Isabel.

—Habrán desembarcado — dedujo el profesor—. Probablemente tendrán el poblado muy cerca de la ribera.

—No podemos pasar con la “Delfina” — lamentó Bautista—. Entre los árboles y las lianas forman una red impenetrable.

—Amarraremos la canoa y seguiremos andando.

Poco más tarde los tres aventureros, después de sujetar sólidamente la embarcación a un grueso tronco, se entretenían examinando las piraguas. Éstas se componían de troncos vaciados y recortados con toscos instrumentos.

—¡Huellas de pies humanos! —gritó Bautista—. Siguen este sendero hacia el interior.

—Pues andando, debemos salir de dudas — ordenó Randall.

Una hora más tarde llegaban a un claro del bosque.

—Tal vez nos metemos en la boca del lobo — dijo el profesor—; convendría caminar con precauciones.

Bautista trepó a un gigantesco abeto que parecía reinar entre los vegetales del bosque. A una hora de camino se veía una colina formada por diferentes capas de rocas, que brillaban con unos reflejos de variados colores. La totalidad de aquella masa rocosa se veía salpicada de puntos oscuros.

—Parece un poblado— explicó el joven cuando descendió del árbol—. He visto que la colina se encuentra ahuecada por

innumerables cuevas y grutas.

—Pues vamos allá — dijo Isabel—. Creo que el profesor tendrá muchas cosas que estudiar.

Al bosque había sucedido una ancha sábana cubierta de verdes pastizales. La hierba tenía una altura superior a la yarda y los terrestres llegaron sin ser molestados hasta el pie de la colina.

—Voy a escalarla — decidió Bautista —. Procuraré evitar las cuevas y podré vislumbrar un horizonte más dilatado.

Y uniendo la acción a la palabra, el joven comenzó la ascensión de todas las oquedades.

El profesor e Isabel caminaron algunos pasos hasta llegar a un arroyuelo que serpenteaba alrededor de la colina.

De pronto el cielo comenzó a encapotarse y entre negros nubarrones brilló un relámpago.

Isabel se detuvo y el profesor extrañado gritó:

—¡Vamos, deprisa! No te detengas. Será conveniente llamar a tu hermano y debemos buscar un refugio.

—He oído un lamento — repuso Isabel, buscando entre las hierbas.

—Quizá el ruido del trueno — repuso el profesor. — En este extraño mundo, hasta las plantas parece que hablan.

—Menos los hombres — replicó la joven—. Pero venga, profesor, parece que los gemidos parten de ahí.

Randall la siguió. Poco después una silueta humana se recortaba entre la hierba. Vestía una túnica de pieles y se hallaba tendido con una mano apoyada en el costado derecho, de donde brotaba un hilillo de sangre.

—¡Un herido! —exclamó Isabel—. ¡Ayúdeme, profesor!

Se trataba de un hombre gigantesco. Mediría unos siete pies de estatura y por su aspecto, el profesor dedujo que pertenecía a una raza semejante a la de los grandes dolicocéfalos que poblaron la Tierra veinte mil años atrás.

— ¡Hay que taponar la herida! Este hombre se está desangrando —murmuró Randall arrodillándose y preparando su botiquín individual.

Silenciosamente, el profesor, ayudado por Isabel, procedió a una cura de urgencia.

— ¡Por cien mil diablos!—gritó Randall acompañando la exclamación con una retahíla de juramentos—. ¡Este hombre tiene una herida de bala! — miró a Isabel que le observaba estupefacta, y concluyó—: ¡Sí, de arma de fuego!

—¿Es posible? — preguntó la joven.

—No hay duda — corroboró el profesor señalando la herida—, ¿Ves? Recibió el disparo por la espalda... el orificio de entrada, apenas perceptible y el de salida... un boquete considerable.

Un nuevo relámpago, seguido de un horroroso trueno que hizo temblar la tierra, llenó de horror al herido.

—Alguien se nos habrá anticipado... murmuraba el profesor—. Quince años de estudios para... nada. Quizá para gloria de... otros más desaprensivos...

—Señor Randall — interrumpió Isabel—, puede que sean habitantes de Marte quizá.

El herido lanzó un grito de dolor.

—No piense, ahora, profesor, lo más importante es curar a ese desgraciado... ya discutiremos todo eso más adelante...

Se oyó el estampido de un rayo que cayó a cien yardas de distancia.

El profesor, conmovido por una tempestad interior más violenta que los elementos desencadenados, terminó la cura de urgencia con la habilidad de un cirujano profesional.

CAPÍTULO VI

—¿Qué haremos con ese gigante? — se preguntó el profesor como si estuviera solo.

—No podemos abandonarlo así — contestó Isabel. — Está muy flojo y el hambre y las fieras acabarían con él.

El herido les contemplaba con expresión aniñada. En sus ojos se reflejaba la gratitud y la curiosidad que sentía por sus salvadores.

Pero todavía no había hablado.

—¿Cómo te llamas? — preguntó Isabel al azar, como cualquier ama de casa preguntaría a su gatito si está contento.

—Na-Him — repuso el gigante.

El cielo había completado su negro atavío. Las tinieblas oscurecían el horizonte. Un nuevo relámpago alumbró la escena por unos instantes.

—¡Habla, profesor!—gritó Isabel.

—Pero si no le entendemos, estamos listos — gruñó Randall.

— ¡Hasa, hasa!—gimió el herido, señalando al cielo.

—¡Cuernos de Satanás!—replicó el profesor—. Creo que lo único que debo entender es que debemos buscar un abrigo contra la tempestad.

En aquel momento regresó Bautista.

—¿Qué has visto?—preguntó su hermana,

—Muchas cosas que no hay tiempo para explicar. El cielo está como la noche, a pesar de hallarnos en pleno día. ¡Va a diluviar! A cincuenta yardas de distancia he visto una cueva... debemos correr... volar... la tormenta se nos echará encima...—el joven hablaba a empujones, sobresaltado por la inminencia de la tempestad, pero, al ver al herido añadió—: Toma, Isa, ahí tienes mi linterna de radio; guíanos por ese sendero orillando la colina. Nosotros ayudaremos a ese rubio gigante, si puede sostenerse por su pie, hasta llegar al refugio. De lo contrario, lo veo negro, muy negro, no sé si podremos con él.

Silenciosamente, Randall y Bautista ayudaron al gigante a incorporarse. Éste, a pesar de su debilidad, hizo un esfuerzo sobrehumano para caminar por su propio pie, sostenido por sus desconocidos salvadores. Poco después, subiendo un corto sendero que se elevaba cinco yardas sobre la superficie de la llanura, encontraron la entrada de la gruta.

—No puedo más — exclamó el profesor.

—Este tío pesa como un elefante — añadió Bautista.

El gigante, agotado por el esfuerzo realizado, había perdido el conocimiento. Randall y Bautista lo tendieron sobre un montón de hierba seca que hallaron a mano.

—Es valiente— comentó Bautista—. Ha procurado no entorpecer la marcha con su peso.

De súbito la gruta se estremeció como si fuera a hundirse. Una tempestad apocalíptica acababa de desencadenarse y el agua caía a mares.

—Hemos tenido suerte — dijo el profesor encendiendo un hoguera. Y para completar, tenernos provisión de agua. En este rincón hay varias calabazas llenas del precioso líquido…

—Y comida — añadió Bautista—. Mirad: frutas secas y carne secada al sol.

—Para que nada falte, incluso disponemos de pieles — concluyó Isabel, mostrando una enorme piel parecida a la del tigre.

El profesor arregló el lecho del herido, tapándole con la piel. Luego lo examinó.

—Tiene fiebre — murmuró—. Le daré un trago de alimento líquido y una inyección de quinina. Esté hombre sanará pronto…—se volvió hacia los dos hermanos y ordenó—: Sentaos ahora. La tempestad ruge afuera. No podemos hacer otra cosa que comer y… hablar. Empieza tú, Bautista

—En primer lugar — comenzó el joven — vi huellas de pies desnudos, acompañadas de otras producidas por calzado de bota claveteada — y mostró las suyas con suela de caucho—. Creí que era un espejismo causado por mis propias pisadas, pero comprobé que las mías eran de un calzado diferente. Subí con precaución la cuesta rocosa de esa colina, y al fondo, frente al poblado de las grutas, observé varios individuos de aspecto rechoncho y cabezas redondas, que se hallaban postrados ante unos hombres vestidos como nosotros, que, al parecer, daban órdenes a aquellos salvajes.

Bautista hizo una pausa y sacó un cigarrillo.

—Sigue, hermano — exclamó Isabel intrigada—. Ya fumarás después. Toma, melocotón seco… es muy sabroso y ahí tienes el postre — puso una piña tropical en las manos de Bautista—; continúa.

El joven prosiguió:

En aquel momento uno de aquellos salvajes dio un grito señalando un lugar de la sábana. Un hombre de aspecto gigantesco les observaba atentamente. Una lluvia de flechas cayó sobre el intruso desconocido que, al verse descubierto, echó a correr. Al comprobar que ninguna daba en el blanco, uno de aquellos desconocidos, semejantes a nosotros, se echó la carabina a la cara y disparó. Inmediatamente después, el primer relámpago anunció la tempestad y aquel heterogéneo grupo se refugió en la cueva más próxima, sin preocuparse del fugitivo. Cuando desaparecieron de mi vista, comprendí que no tenía tiempo que perder. De ahí que no me sorprendiera cuando vi a este gigante herido.

El profesor escuchó el relato con la palidez reflejada en su semblante.

—¿Quiénes serán los desconocidos que disponen de armas de fuego? — preguntó—. Podrían ser de la Tierra o dé cualquier otro planeta… La incertidumbre me atormenta.

—Su aspecto era de terrestres; y puedo añadir que de raza blanca. Los vestidos respondían a la moda americana.

Randall hundió la cabeza entre sus manos, abismado en un mar de dudas.

—¿Recuerda el día de mi cumpleaños, señor Randall? — preguntó de improviso Isabel.

—Demasiado — repuso el aludido mirando a la joven completamente desconcertado—. Creo que no olvidaré aquella fecha en todos los días de mi existencia.

—Aquella tarde — continuó la muchacha — usted recogía todos sus planos y documentos y los metía en una cartera. Ahora bien: ¿podría usted afirmar que estaban intactos y que no faltaba ninguno? ¡Ah! Perdone que esté mencionando una cosa tan desagradable; pero usted pudo haber salido de su casa aquella mañana y en su ausencia alguien se colaría en su despacho. Lo demás es cosa fácil. Una microfilm y en poco tiempo se copia una biblioteca entera sin necesidad de llevarse ningún volumen.

—Ya he barrenado mis naves como Hernán Cortés…— murmuró el profesor—. No puedo volverme atrás… me obligan a la lucha y ¡sabe Dios que lo haré!….

—Claro que debe luchar, profesor — exclamó Bautista, cortando en seco las incoherencias de Randall. Ser bueno no equivale a ser tonto ni torpe; ni tampoco debe convertirse en la víctima propiciatoria de cualquier jugador de ventaja. ¡Ánimo, amigo mío, que aquí estamos nosotros!

—Hay algo que quizá ignora mucha gente — explicó Isabel — incluyendo a personas de profesiones liberales. Y es una ley promulgada por el Ministerio del Espacio, hace ya bastantes años, en la cual se otorgan determinados derechos a los descubridores de nuevos planetas. Lo supe cuando era una niña y Crescencia Fernández, la profesora mejicana de Historia, nos explicaba la lección. Creo que consiste en un tanto por ciento sobre toda transacción comercial que aporte beneficios al Gobierno Universal de la Tierra.

—¡Dios te bendiga, Isabel!—exclamó el sabio con un suspiro de alivio—. Ahora ya no dudo de que tengo enemigos muy peligrosos. La única ventaja que poseo estriba en que me creen muerto. La bomba que arrasó mi casa tenía la potencia suficiente para que no escapara con vida ni la hierba del jardín. Ahora esos malvados sembrarán la destrucción y la muerte en este planeta... si no llegamos a tiempo de impedirlo.

Randall se levantó maquinalmente y comenzó a pasear por el interior de la cueva. El gigante herido dormía con un sueño tranquilo, y reparador. Ambos hermanos contemplaban silenciosamente a su jefe.

* * *

Aquella tormenta parecía interminable. Durante quince días el cielo, siempre encapotado, continuaba amenazando. Unas veces las lluvias torrenciales cesaban por unas horas, pero entonces eran sustituidas por un imponente aparato eléctrico que presagiaba un recrudecimiento de los fantásticos aguaceros. El terreno se hallaba impracticable. Una espesa capa de lodo rojizo cubría toda la extensión de terreno que abarcaba la vista.

—Observe, señor Randall—dijo Isabel en inglés —. Na-Him, el gigante, es un consumado artista, dibujando.

—Deberías hablar en poluxiano—recomendó el profesor mientras luchaba contra su negra barba, armado de una navaja de afeitar—. ¡Canastos! Con un espejo tan pequeño es imposible igualar estos pelos. ¡Toma, fuera barba! Con el bigote tendré suficiente...

—Un momento, señor Randall — advirtió la muchacha—. Por este

lado hay más pelo que en el otro; déjeme hacer a mí.

Randall, que ya estaba terminando su “toilette”, permitió que la joven cogiera la navaja.

—No se mueva, por favor... ¡Así!... así está mejor.

El sabio se miró nuevamente al espejo.

—Ahora me has quitado todo el bigote — dijo—. Lo menos tardará diez días en crecer.

—No se apure, si dura el mal tiempo, hasta la barba le saldrá de nuevo...; pero no debe afligirse por eso. Está mucho mejor ahora y... además, no me gustan los hombres con bigote.

El profesor se miró por cuarta vez al minúsculo espejo.

—Por mi parte lo encuentro mucho más... sociable con la cara rasurada — añadió Isabel.

Randall miraba hasta empañar el cristal y no reconocía a aquel hombre de rostro inteligente y sonrisa irónica que tenía ante él. Aquel rostro apenas representaba unos treinta años. Sonrió complacido. Luego se volvió:

—Reconozco que has tenido buena idea, Isabel. — El profesor Dick Randall murió cuando fue destruida su casa; pero Dick Randall, el explorador, vengará aquel vil “asesinato”.

—Hay un misterio que no lo comprendo — dijo Bautista—. Ayer se habían terminado las provisiones y hoy tenemos para otra semana. ¿Qué dices tú a eso, Na-Him?

El gigante se entretenía rasgando las paredes rocosas de la cueva, con un buril de sílex. Diferentes figuras de animales aparecían dibujados en diversas actitudes.

—Igual te digo, muchacho — habló el profesor sin escuchar las palabras de Bautista —. Ahora que Na-Him nos ha enseñado el idioma de Pólux, debemos esforzarnos en dominarlo como si fuera nuestra lengua materna — se acercó al gigante que continuaba su tarea, en apariencia ausente de todo cuanto le rodeaba y continuó—: Dime, Na-Him, ¿cuál es la causa de tu tristeza? Ahora ya estás curado y en cuanto el tiempo lo permita te acompañaremos hasta tu tribu. Nosotros somos tus amigos y aunque pertenecemos a un mundo muy lejano en donde los hombres aprendieron hace tiempo a dominar las fuerzas de la naturaleza y a descubrir sus secretos, no abrigamos

intenciones hostiles contra vosotros.

Na-Him se volvió pensativo.

—Estoy pensando en mi espesa y mi hija. Mi hermana Vari me mandó llamar porque ella y su pueblo se hallan en un grave peligro. El mensaje decía que unos dioses que vinieron por el aire, han soliviantado las tribus que habitan en las grandes sábanas, contra su pueblo. Varios poblados que obedecen a mi hermana, que rige en calidad de “Gran- Madre” a todas las tribus que habitan en el bosque central, han sido destruidos, y sus moradores pasados a cuchillo.

—¿Qué se entiende por “Gran Madre”? — inquirió Isabel.

—La mujer que gobierna una tribu o varias.

—Eso es importante, Na-Him — exclamó la joven. — Debe ser interesante poder gobernar pueblos enteros.

—¿Cómo se les ocurrió nombrar jefe a una mujer?

—Fue una idea de los hombres — aclaró el gigante —. Hubo un tiempo en que muchas tribus, cansadas de guerrear y destruirse mutuamente, eligieron como juez a una mujer de reconocida bondad, prudencia y sabiduría. Primero fue un simple arbitraje, que con el tiempo se convirtió en una jefatura hereditaria. Aquellas tribus, durante los primeros tiempos, ganaron con el cambio; pero luego los hombres perdieron el hábito de hacer la guerra y de luchar a campo descubierto contra las fieras. Volviéronse más prudentes, y en la caza solamente empleaban trampas. El excesivo apego a la seguridad personal les ha dejado expuestos a cualquier invasión.

—¿De qué medios se valió tu hermana para enviarte el mensaje?— preguntó Randall.

—Sólo existe un medio para enviar o recibir noticias. Se nombran varios mensajeros cada uno de los cuales se aprende de memoria las palabras que ha de decir y emprenden la marcha por diferentes caminos hasta llegar al punto de destino. Estas precauciones se toman a causa de la abundancia de peligros que tienen que atravesar los portadores de noticias. Las fieras y las tribus hostiles causan muchas víctimas.

—¿Viniste solo?

—Emprendí la marcha acompañado de varios mensajeros de mi hermana; pero durante el camino fuimos atacados por los “cráneos redondos” y mis compañeros murieron a causa de las flechas

envenenadas.

El profesor se volvió a Bautista, diciendo:

—Creo que recordarás de qué clase de institución política nos habla Na-Him.

—Sí — afirmó el joven—. Muchos autores afirman que en la Tierra también existió este tipo de organización política: el “Matriarcado”.

—Pues bien, Na-Him. Nosotros también hemos luchado contra los “cráneos redondos” y les hemos rechazado. Les sorprendimos persiguiendo a unos seres así de pequeños — con la mano señaló la altura de los “tardígrados” — que no saben hablar y no tienen otro medio de lucha que una maza de madera.

—Son los “comedores de gusanos” — aclaró el gigante —. Hace tiempo que tuvimos que defenderlos de los ataques de los “cráneos redondos”...

—¡Dame la mano, Na-Him!—gritó Bautista emocionado —. Aquellos pobres seres no parecen malos...

—Son inofensivos y nunca buscan la guerra contra los hombres. Aunque son muy valientes y se ayudan como hermanos. Aún se defienden ventajosamente de las fieras.

Isabel preguntó curiosa:

—¿También gobiernan las mujeres en tu país?

—No — repuso categóricamente Na-Him —. Allí gobiernan los hombres de reconocida experiencia y valor. El que de joven ha sido valiente y es sabio cuando entra en años, se le nombra patriarca. Cada tribu tiene su jefe y la reunión de todos los patriarcas forma el Consejo de los Valles. De esta manera, al estar agrupadas las tribus, tienen más posibilidades de defensa contra sus enemigos, ya sean hombres o fieras. Las mujeres sólo ayudan a preparar arcos, flechas, azagayas y otras armas; cuidan el fuego del hogar, preparan la comida y educan a los hijos. En los consejos y en la guerra, solamente deciden los hombres.

—¿Te ha gustado, Isabel? — preguntó Randall con una sonrisa mefistofélica—. Estas tribus saben lo que se hacen — y sin fijarse en la fulminante mirada de la joven, se volvió a Na-Him —. Dijiste que estabas triste a causa de tu esposa y de tu hija. Creo que en tu cueva estarán en seguridad.

—Mi esposa es la reina Zana, que gobierna una tribu de mujeres guerreras y mi hija Tundra es jefe del Ejército…

Estas palabras exaltaron la imaginación de Bautista, que, fuertemente intrigado, interrumpió:

—¿Y puedes vivir separado de tu esposa y de tu hija?

—El pueblo de las amazonas tiene unas leyes inflexibles que ni la misma reina puede revocar…

—Cuéntanos tu historia, Na-Him —suplicó Isabel, inquieta.

El gigante suspiró hondamente como si estuviera arrastrando un peso enorme. Se acercó a la entrada de la cueva y contempló pensativo los negros nubarrones, que allá en el horizonte parecían juntarse con la tierra, convertida en un lodazal. Volvió a donde estaban los terrestres, que le miraban compasivamente, y apoyándose en la pared de roca que ostentaba sus recientes dibujos, comenzó la siguiente narración:

—Hace “cursos”[1] cuando era más joven y mi única pasión consistía en la caza, decidí efectuar una larga excursión para conocer otros países. Un día que andaba por el bosque oí un grito de terror seguido de un rugido. Acudí con toda la velocidad que mis armas me permitían y pude ver a una joven, armada de un largo cuchillo, que se defendía de una fiera de largas melenas y cuerpo rayado. La joven se hallaba acorralada en una elevación de rocas y se aprestaba a defender su vida. Pude disparar mi arco y herir a la bestia en el lomo. Ésta, al sentirse herida, dejó momentáneamente a su víctima y se volvió contra mí. Yo la esperaba, armado de mi azagaya y, cuando la fiera dio el salto definitivo, tuve la suerte de ensartarla como una res en el asador.

”La joven quedó admirada de mi destreza y cuando la requerí que viniera a mi casa para presentarla a mis padres, me replicó que estaba más cerca de la suya y que podía acompañarla. Llegué a un poblado rodeado de elevadas montañas que lo defendían contra fieras y hombres. Al entrar en aquella fortaleza, quedé sorprendido de cuanto veían mis ojos. Las mujeres llevaban armas de un color semejante al sol y mandaban en todas las actividades. Los hombres cuidaban de las casas, afilaban los cuchillos y trabajaban en las obras de defensa, vigilados por mujeres; algunas de ellas armadas de palos. La guardia, así como la totalidad de los guerreros, se componía igualmente de mujeres.

”Zana era el nombre de la joven y el extraño pueblo al cual

pertenecía era conocido por el nombre de “Reino de las Amazonas”. En los relatos de muchos viajeros que pidieron hospitalidad en nuestras tribus se mencionaba la existencia de un pueblo en donde las mujeres hacían la guerra y que tenían armas con los colores del sol. Pero nosotros creíamos que tales historias solamente servían para amenizar las veladas a la luz de la lumbre.

”La joven me llevó ante su madre, la reina, que me recibió sentada en su trono. Después de contarle lo ocurrido, Zana concluyó: “Por tanto te suplico, ¡oh madre!, que me concedas a este joven por esposo.”

”La reina me examinó con ojos escrutadores de perfecto guerrero y repuso: “Parece fuerte y valiente. Concedido... si acepta las leyes de nuestro pueblo.” Una mujer de elevada estatura y mirada dominante objetó: “Primero debemos convencernos de su fuerza y destreza. Luchará conmigo en la plaza de armas.” Luego supe que aquella mujer era el jefe de los guerreros.

”Me sometieron a tres pruebas: lanzamiento de jabalina, tirar al blanco con arco y flecha, y una lucha personal en la que empleé un cayado y ella un largo cuchillo. En este último combate comprendí que aquella mujer me odiaba, ya que tiraba a matar. Al principio me limitaba a defenderme, parando los golpes con mi palo, pero con eso no conseguí otra cosa que enfurecerla. Al fin me causó una leve herida y decidí acabar pronto. Aprovechando el cansancio de mi contrincante, pude asestarle un golpe en el brazo y el cuchillo resbaló de su mano. Unos gritos de entusiasmo demostraron que yo había ganado la admiración de toda la asamblea.

”Mi adversaria demostró ser un. buen guerrero. Guardó el arma en una funda que pendía del cinto y poniendo su mano sobre mi hombro en señal de camaradería, se retiró saludando a la concurrencia.

”Las leyes del país no pude aceptarlas. Ningún hombre de mi tribu hubiera accedido, porque eran humillantes. Pero la boda se celebró con la condición de que sólo permanecería, en tierras de mi esposa durante sesenta días por “curso”.

”Con el tiempo tuvimos una hija a la cual pusimos el nombre de Tundra. Luego Zana, mi esposa, heredó el trono y actualmente mi hija es el jefe del Ejército...

—¿Y continúas visitándolas?—interrumpió Bautista muy conmovido.

—Sí; hace dieciocho “cursos” que sigo viéndolas.

—Otra cuestión — inquirió Randall—. Dijiste que tu hermana gobierna varias tribus con el título de “Gran Madre”. ¿Cómo llegó a ejercer ese cargo, tan lejos de vuestro poblado?

—En uno de los ataques de los “cráneos redondos” murieron la mayoría de las mujeres que animaban a sus guerreros. Una de las flechas envenenadas segó la vida de la “Gran Madre”. Mi hermana y yo regresábamos de un largo viaje y al pasar por una estrecha garganta entre dos elevadas montañas, encontramos a las hordas fugitivas, desmoralizadas y perseguidas por el enemigo. Muy pronto me di cuenta de cuál era la situación y apostándome en un alto de las rocas pude detener al enemigo con mis certeros disparos. Mi hermana recogía las flechas de los muertos y heridos, y me aprovisionaba con tanta rapidez que pudimos salvar a los supervivientes de aquellas tribus.

”Más tarde volvíamos a encontrarles. Me suplicaron que permitiera a mi hermana quedarse con ellos para gobernarlos según costumbre. Ella aceptó movida de piedad. Desde entonces, cada vez que se hallan en algún peligro, solicitan mi ayuda.

—Perdona, amigo Na-Him, nuestra pesadez en seguir preguntando — dijo Bautista—. Pero queda un asunto para aclarar. ¡Explícanos el misterio de las provisiones!

—Sois mis hermanos y quiero complaceros hasta la muerte — repuso el gigante—. Voy a descubriros mi último secreto. ¡Venid!

Se acercaron todos al fondo de la cueva. Na-Him tanteó entre las rocas. Una pesada piedra giró sobre sí misma, como una puerta sobre sus goznes y dejó al descubierto la entrada de un túnel que parecía conducir a las entrañas de la tierra.

CAPITULO VII

Na-Him entró el primero seguido de los terrestres. Empujó luego el borde de la roca giratoria y el pasadizo quedó nuevamente cerrado.

El profesor sacó su lámpara de radio y un foco de luz alumbró el túnel. Al ver que el gigante abría la marcha caminando con excesiva rapidez, Randall recomendó:

—Coge la luz, Na-Him. De lo contrario nos exponemos a rompernos algún hueso.

El gigante no ocultó el temor que sentía ante aquel objeto luminoso que querían poner en sus manos y con un gesto de sobresalto apartó rápidamente las manos.

—No te asustes — añadió Randall—. Ya te dije que en nuestro mundo los hombres dominamos a los elementos.

Después de varias tentativas, el gigante se decidió a coger la linterna.

—¡No quema! —exclamó satisfecho.

Y más tranquilo que un chiquillo con un juguete, continuó adelante seguido de sus nuevos amigos. Cinco minutos más tarde encontraron un verdadero almacén subterráneo provisto de toda clase de víveres. Carne secada al sol. Harina de diversos cereales, guardada en pellejos a manera de sacos, frutas secas y gran variedad de tubérculos y otras raíces comestibles.

—El secreto que tanto preocupaba al joven — indicó Na-Him, señalando con la mano—. Apenas pude moverme, venía todas las noches para recoger las provisiones del día.

—¿Cómo sabías la existencia de esta despensa y la manera de entrar en el túnel?

—Seguidme, pronto lo veréis.

Dos minutos más tarde llegaron a una inmensa nave subterránea, alumbrada por una luz difusa que se filtraba por varias hendiduras de las rocas. Se oyeron murmullos de voces y una que hablaba más fuerte que las otras. Cuando los exploradores se acostumbraron a la luz del día, vieron unos quinientos hombres reunidos en una extraña asamblea. Iban vestidos con túnicas de pieles y calzaban toscas abarcas de cuero. Llevaban largos cabellos que les llegaban a los hombros, sujetos a la frente por una tira de cuero. Todos estaban armados: lanzas, escudos, azagayas, y algunos llevaban un arco en bandolera y una especie de carcaj de piel, lleno de flechas, en la espalda.

En un estrado toscamente tallado en la piedra se hallaba una mujer de unos treinta años, de aspecto bondadoso y noble continente. La rodeaban algunas doncellas que se hallaban en pie a su alrededor.

A unos seis pasos de distancia, uno de aquellos hombres, al

parecer el jefe de los guerreros, concluía un discurso dirigido a la mujer del estrado:

—...Por tanto, si la ayuda que has pedido a tu hermano tarda tiempo en venir, nuestros enemigos exterminarán a tu pueblo y se apoderarán de todas tus tierras de caza y árboles frutales. Nuestras esposas, oh, "Madre", serán convertidas en esclavas, y esa raza de hombres rapaces se llevarán nuestros utensilios y joyas para adornar a sus mujeres...

Alguien se dio cuenta de la llegada de Na-Him acompañado de sus amigos y dio la voz de alarma. Al ver a Randall y a los dos hermanos con los vestidos terrestres, otro gritó:

—¡Estamos perdidos! ¡Los dioses que llegaron por el aire han penetrado en nuestro refugio! ¡Un jefe de las tribus del Norte los ha traído!

Aquella multitud de guerreros se apartaron a ambos lados de la estancia, dominados por un terror supersticioso. Los recién llegados se hallaron frente a la mujer que presidía aquella asamblea, que los recibió con la mayor dignidad.

—Oh... ¿eres tú, Na-Him?—preguntó con dulzura—. Y esos extranjeros tan extrañamente vestidos ¿son hombres o dioses?

—Son amigos, hermana — repuso el dolicocéfalo—. Pero vienen de un mundo llamado Tierra en donde los hombres, a semejanza de nuestros dioses, ejercen su dominio sobre los elementos. Observa —añadió—: entre ellos hay una mujer cuya hermosura me recuerda a mi hija Tundra. Pero ante todo debo disculparme por mi tardanza. Los guerreros de la sábana que obedecían a los seres que vinieron por el aire me atacaron de improviso y cuando yo creía haber escapado, uno de aquéllos me atravesó con un extraño rayo. Caí herido y hubiera sucumbido a causa de la tormenta si estos amigos no me hubieran recogido a tiempo. Después de curar mi herida me enseñaron algo de su idioma y demostraron gran interés por aprender nuestro lenguaje. Al enterarse de las desdichas de nuestros pueblos y de la aparición de tan poderosos enemigos, se han ofrecido a luchar a nuestro lado.

La "Madre", después de escuchar a Na-Him, dijo:

—Todo esto, Na-Him, reanima nuestra esperanza, pero no elimina el terrible peligro que nos amenaza. Has de saber que los guerreros de la sábana se han refugiado en la sala de las provisiones. De continuar el mal tiempo, o bien moriremos de hambre, o nos veremos obligados a darles la batalla. En ambos casos la situación es gravísima.

—¿Y los depósitos secundarios?—preguntó Na- Him, extrañado.

—Sólo contienen víveres para siete días.

—Queda el recurso de racionarlos — intervino Randall—. Mientras tanto intentaremos salir del atolladero.

—Mi pueblo no está acostumbrado a privaciones — objetó la "Madre".

—De ahí vienen parte de sus desdichas — replicó el profesor—. Debéis poner una guardia de guerreros escogidos para vigilar las despensas y comenzar hoy mismo la dieta.

—Nuestro amigo habla con acierto — afirmó Na- Him —. Mis guerreros se hallarán en camino y de no haber sido por la tormenta, ya habríamos oído sus gritos de combate. Probablemente se habrán refugiado en las cuevas de Hann, a poca distancia del Reino de las Amazonas. Zana, mi esposa, advertida del peligro que a todos nos amenaza, prometió el envío de los víveres necesarios para el sostenimiento de mi ejército.

En aquel momento llegó uno de los escuchas encargados de vigilar los movimientos del enemigo.

—¿Qué noticias traes, Hozel? — preguntó la "Madre" ansiosamente.

—La tempestad ha concluido y un sol de fuego convierte el barro en una espesa humareda — explicó el recién llegado.

'* * *

Na-Him empleó ocho días en ejercitar a los guerreros de la "Madre", adiestrándoles en la táctica de combate de los dolicocéfalos del Norte.

El profesor intervino en la parte teórica. Recordando las campañas de Alejandro y los "Comentarios a la Guerra de las Galias", de César, se había convertido en una especie de jefe de Estado Mayor.

Terminados los ejercicios del octavo día, Randall y el gigante fueron al encuentro de la "Madre" para darle cuenta del resultado de su labor.

—Esto es horroroso, Na-Him — dijo Vari—. Si seguimos acortando los escasos víveres que nos quedan, mis guerreros no tendrán fuerzas para combatir.

—Esto es saludable, señora — dijo Isabel que acompañaba a la "Madre"—. Mire: a mí me prueba el racionamiento. — Mostró su esbelta cintura y sus bien torneadas piernas, y añadió—: Las grasas entorpecen los movimientos de las personas. La mitad de mis víveres los cedía a mi hermano. El muchacho no anda sobrado de carnes y temía que se quedara transparente...

—No hay más que una solución — concluyó Na-Him con firmeza —. Esta misma noche saldré, procurando no ser visto por el enemigo. Una vez haya podido localizar a mis hombres, vendremos a marchas forzadas. De paso informaré a Zana, mi esposa, de la inminencia del peligro. Las amazonas son algo temerarias; la excesiva confianza en sus armas del color del sol, les hace menospreciar la gravedad de la situación. ¡Ah, loco de mí!... ¿Por qué me casé con una reina? Y mi hija Tundra, al frente de sus huestes, arriesga su vida nuevamente...

Bautista escuchaba en silencio las palabras de Na-Him. Desde hacía varios días, el muchacho se hallaba sumido en hondas meditaciones.

Aquella noche alguien despertó al profesor. Éste se levantó sobresaltado.

—Soy yo, señor Randall— dijo Isabel con un temblor en la voz—. ¡Mi hermano Bautista ha desaparecido!

—¿Qué?... ¡Imposible!... Si ayer, antes de acostarnos, estuvimos planeando la manera de burlar a los invasores.

—A mí también me extraña que un muchacho tan comedido como mi hermano se haya atrevido a intentar cualquier aventura sin contar con nosotros... y, sin embargo...

—No te alarmes, mujer; tal vez se halle conversando con algún centinela.

Randall y la joven recorrieron todos los puestos de guardia; pero nadie les dio ningún detalle sobre el paradero de Bautista,

Isabel estalló en sollozos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde estará mi hermano?

Se acercaron a una de las aberturas que daba al exterior, guardada por varios arqueros. Allá a lo lejos se divisaban muchas hogueras.

—¿Quién ha encendido tantos fuegos?— preguntó Randall a un centinela.

—El enemigo — repuso el arquero —. Forman una horda tan numerosa como las estrellas de la noche.

Un escucha llegó en aquel momento.

—Señor —dijo al profesor—. Na-Him y vuestro joven compañero han conseguido pasar, sin ser vistos, entre las hogueras.

Los ojos de Isabel se cubrieron de lágrimas.

—Vamos, muchacha — murmuró Randall—. Na-Him es prudente y conoce el camino. Bautista es valeroso y, además, dispone de buenas armas. Se ha llevado consigo el equipo completo...

Pero no pudo continuar. Isabel, hecha un mar de lágrimas, ocultaba su cabeza en el pecho del profesor. Éste, acariciando los dorados cabellos de la joven, balbuceó:

—Ya lo has oído. Una vez atravesadas las líneas de los braquicéfalos, el peligro disminuye considerablemente...

Randall se interrumpió. El llanto de la joven le había conmovido tan hondamente, que sus propias palabras le formaron un nudo en la garganta.

CAPÍTULO VIII

Cuando Bautista adivinó que Na-Him se hallaba dispuesto para atravesar las líneas enemigas, se acercó al gigante y le dijo:

—Te acompaño. Pueden rodearte los guerreros de la sábana y, a pesar de tu valor, sucumbirías ante el número.

—Creo que podré pasar sin ser visto — repuso Na-Him—. Tú debes de quedarte. Tu hermana y el hombre sabio te echarían de menos.

—No trates de disuadirme, amigo. Si te matan, no conseguirías otra cosa que sacrificar a tu hermana y al pueblo que te obedece. Además voy armado de aquellos rayos que ya conoces y si intentan apresarnos les daré un disgusto. ¡Vamos ahora mismo que el tiempo apremia!

No estaba la situación para demorar la marcha.

—Sígueme, pues—indicó Na-Him, penetrando en un corredor abierto en las rocas.

El joven le siguió y minutos después llegaban al exterior. A causa de las pasadas lluvias, la altura de la hierba llegaba a los cuatro pies. Los dos hombres avanzaban silenciosamente, alumbrados por la rojiza luz de las hogueras. Tenían, que andar curvados para evitar ser descubiertos por los centinelas. Bautista pudo convencerse de la ingente multitud de guerreros enemigos que, de una forma inexplicable, habían invadido los territorios gobernados por la "Gran Madre". Eran de baja estatura, cuerpos fofos, rostros crueles y cráneos redondeados. Al parecer conocían las ventajas de la disciplina y obedecían a un solo mando. Al cabo de varias horas llegaron a una loma que dominaba gran parte de la llanura. Na-Him y Bautista se detuvieron para tomar aliento.

—Nos quedan dos horas de marcha hasta llegar a las cuevas de Hann — dijo el gigante—. Allí podré informar a mis guerreros de la situación y celebrar consejo con los jefes de tribu.

Bautista se dispuso a continuar la marcha.

El panorama era por demás imponente. A causa de las grandes cantidades de agua, desprendidas de la atmósfera, el aire tenía una transparencia desconocida en Pólux. Pocas veces podía vislumbrarse la luz del sol y muchos menos la de las estrellas; pero aquella noche brillaban con mucha intensidad. A lo lejos, centenares de hogueras indicaban el territorio ocupado por los braquicéfalos de la sábana.

En aquel momento se oyó claramente el zumbido de un motor. Bautista levantó los ojos y consiguió localizar una luz que se movía en el cielo.

—¡ Los dioses del aire!—exclamó Na-Him—. Mira — añadió indicando un punto luminoso que descendía verticalmente.

—No son dioses, amigo — aclaró Bautista —. En la Tierra disponemos de unos pájaros metálicos que obedecen nuestra voluntad. Les llamamos aviones, pero éste que has visto ahora pertenece al tipo de los "helicópteros".

En medio de la llanura había un semicírculo de hogueras, en cuyo centro Bautista pudo localizar varias tiendas de campaña.

Aquello preocupó al joven, ya que sabía que los braquicéfalos de Pólux eran incapaces de proveerse por sí mismos de tales artículos.

Pronto salió de dudas. El helicóptero aterrizó en el lugar donde se hallaban instaladas las tiendas. Cuatro hombres salieron a recibir a los tripulantes del aparato. Vestían trajes terrestres y un grupo de salvajes apareció de repente y rodeó al grupo en actitud respetuosa. Bautista sacó unos prismáticos y observó detenidamente.

— ¡Son terrestres! Ya no me cabe duda — exclamó—. Mi hermana tenía razón. Pocas veces se equivoca. Pero, ¿quiénes serán y a qué habrán venido a este planeta?

—¿Pertenecen a tu mundo?—preguntó, el gigante.

Bautista se dio cuenta de que había hablado en voz alta y que su compañero no perdía una sola palabra.

—Son de la Tierra — afirmó mientras guardaba los gemelos —. Pero, a pesar de sus aviesas intenciones, serán derrotados. Afortunadamente para nosotros, esos desconocidos se creen los únicos terrestres que se encuentran en Pólux. ¡La sorpresa será mayúscula!

—Debemos continuar nuestra marcha — dijo Na-Him, levantándose.

Bautista siguió al gigante, sumido en el mayor silencio.

Cuando la luz del nuevo día disipaba las tinieblas, los dos amigos se hallaron frente a una gran extensión de agua que les cortaba el paso.

Na-Him condujo a su joven compañero a un lugar oculto entre las matas donde encontraron una balsa de troncos atados con fuertes lianas, y junto a ella, una larga pértiga.

—Al otro lado de este lago se halla el territorio gobernado por mi esposa — explicó.

Subieron a la balsa y empujándola con la pértiga atravesaron la barrera acuática.

La claridad de la aurora iluminó un panorama henchido de la más insólita belleza. A un lado se divisaba una meseta formada por una barrera de rocas cortadas a pico. Un estrecho valle separaba la meseta de una larga cordillera cuyas puntas brillaban con los primeros rayos del sol.

—Las cuevas de Hann — indicó el gigante, señalando un lugar de la sierra—. Convendría avisar a mi esposa del peligro en que se hallan las tribus de mi hermana. Sigue este sendero que conduce a un paso

subterráneo, donde está la entrada al Reino de las Amazonas. Toma — añadió, dándole un brazalete de hueso pulimentado —. Esto será un amuleto por el que te reconocerán como amigo mío… Mira, ya viene Dan-Hark con varios guerreros a nuestro encuentro. El tiempo vuela y debo reunir el Consejo para emprender la marcha contra los invasores. Aún estamos a tiempo y los sitiados nos pueden ayudar para coger al enemigo entre dos fuerzas.

Na-Him puso la mano sobre el hombro de Bautista, en señal de despedida, y marchó silenciosamente al encuentro de sus amigos.

Bautista siguió por el camino indicado hasta llegar al borde de la meseta, cuyas rocas parecían cortadas a pico. Cuando ya desesperaba de encontrar la entrada del túnel, vio un helecho gigantesco, que crecía en medio de las piedras a una altura de cinco yardas sobre el nivel del suelo.

Trepó por los salientes y hendiduras del muro rocoso y llegó hasta la mata y se agarró a una de las ramas. Entonces se encontró de lleno ante la boca de una cueva muy profunda. Estuvo unos instantes contemplando el camino seguido y llegó a la conclusión de que aquel era el paso indicado por Na-Him, que conducía al reino de Zana. Revolvió los bolsillos para encender la lámpara de radio, pero alguien le propinó un fuerte golpe en la cabeza. Unas luces brillaron en su mente y luego… nada. Había perdido el sentido.

* * *

El despertar de Bautista fue por demás sorprendente. Se encontró tendido en un lecho de hierbas y al sentir un agudo dolor en la cabeza intentó incorporarse. No pudo hacerlo; tenía las manos y pies atados con fuertes ligaduras. Entonces comprendió que se encontraba prisionero. ¿Había caído en una emboscada? ¿Tenía Na-Him algo que ver con su situación actual? La cabeza le daba vueltas y decidió reposar algunas horas.

Pronto salió de dudas. La puerta se abrió y varios guerreros formados en doble hilera dejaron paso a un joven de tez blanca y oscuros cabellos, cuyos ojos brillaban como ascuas. Vestía coraza de cuero revestida de placas metálicas de color amarillo. Calzaba una especie de borceguíes que le llegaban al tobillo, provistos de espuelas del color de la armadura. Le acompañaba un muchacho vestido de blanco, de largos cabellos sujetos a la frente con una cinta de cuero rojo.

—Procura curarlo pronto, Dana — ordenó el jefe con voz de

contralto —. Tenemos que interrogarle y en cuanto pueda responder ante un Consejo de Guerra, será juzgado y sentenciado.

El que vestía de blanco sacó unos ungüentos de un cesto que llevaba consigo y aplicándolos a la parte dolorida de la cabeza, la vendó con una tela de tosca lana. Luego destapó una vasija de barro cocido y le dio algo a beber.

A Bautista le causó una extraña sensación al contemplar desde su lecho de hierbas la hermosa esbeltez y las bien torneadas piernas de aquellos extraños personajes. Entonces recordó la extraña narración de Na-Him sobre un reino gobernado y constituido en su totalidad por mujeres de bélicas costumbres y arrojo temerario. Una sensación de abandono invadía todo su ser y poco después se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente le despertaron unas voces varoniles, al otro lado del tabique de madera. No había duda de que se hallaba detenido en una prisión y que en las celdas inmediatas había otros prisioneros. En aquel momento las voces llegaron claras a sus oídos.

Pero, de pronto, se oyó un rumor de pisadas y las voces enmudecieron.

La puerta se abrió y entraron dos soldados que cogieron a Bautista, obligándole a levantarse.

—¿Adónde vamos? — preguntó el joven.

—¡Cállate y síguenos! Hablarás únicamente cuando seas interrogado.

El prisionero fue conducido a través de oscuros corredores hasta llegar a una fortaleza ciclópea cuyas enormes piedras parecían colocadas por gigantes mitológicos. En un amplio salón esperaba una multitud de guerreros cuyas armaduras relucían con dorados reflejos.

Bautista adivinó que le llevaban a presencia de un personaje muy importante; pero su sorpresa fue mayúscula al reconocer a la reina Zana, sentada en su trono y rodeada de una guardia de hermosas doncellas armadas hasta los dientes. Aunque nunca había visto a la reina de las Amazonas, por las descripciones de Na-Him la hubiera distinguido entre mil soberanas. Mientras observaba atentamente cuanto le rodeaba, el joven comprendió perfectamente las costumbres de aquel pueblo tan singular, qué en la Tierra solamente se conocía por las leyendas.

Al llegar al pie del trono, una joven de unos diecisiete años, de ojos y cabello oscuros, piel blanca y esbeltas líneas, ordenó:

—Extranjero, ¡arrodíllate ante nuestra reina y prepárate para ser juzgado y recibir tu merecido! Has violado un territorio sagrado que ningún hombre se ha atrevido a pisar sin ser previamente invitado. Tus ropas y continente demuestran que perteneces al grupo que las razas inferiores llaman “dioses que vinieron por el aire”. Tú no eres dios por cuanto has sucumbido ante un leve golpe en la cabeza; por tanto, eres un impostor. — La joven hizo una pequeña pausa y miró a sus oficiales y soldados, formados en correctas líneas, y luego preguntó—: ¿Qué pena merece el que penetra en nuestro territorio como un vulgar ladrón?

Un coro de voces femeninas respondió:

—¡La muerte! La reina intervino:

—Ese joven quiso penetrar en nuestro territorio siguiendo el camino utilizado por tu padre. Por cuya causa creo, oh, Tundra, que primero debes oírle antes de dictar el veredicto.

Tundra continuó implacable:

—Conforme; será interrogado.—Y dirigiéndose a Bautista—: dime, forastero, ¿a qué viniste a nuestro territorio? ¿Quién te indicó el camino? ¡Habla si no quieres que el tormento te desate la lengua!

Verdaderamente, Bautista se había quedado sin habla. Pero, no porque le intimidasen las amenazas del tribunal, sino porque estaba fascinado ante la soberbia belleza de Tundra. En aquel momento comprendió la gravedad de su situación. Recordando el peligro que corrían su hermana y el profesor, recobró su sangre fría y esforzándose, improvisó un discurso :

—En primer lugar, permite que te salude, oh, Zana, en nombre de tu esposo Na-Him y en el mío propio. Si he venido a tu territorio ha sido voluntariamente, para darte un mensaje. El camino me lo ha indicado Na-Him, el más valiente de los guerreros del Norte.

Bautista hizo una pausa que aprovechó para quitarse la pulsera de hueso pulimentado y entregarla a la joven que le acusaba.

—Na-Him me dio este amuleto asegurándome que con el mismo me reconoceríais como enviado suyo...

—¿Qué sabes de mi esposo? — interrumpió la reina, presa de indescriptible congoja.

—Como os decía, Señora, vuestro esposo recibió una llamada de socorro de Vari, conocida en muchos territorios como la “Gran Madre”. Una multitud de guerreros procedentes de la sábana han invadido aquellas tierras sembrando la destrucción y la muerte...

Bautista siguió detallando cómo conocieron a Na-Him, la grave situación de los sitiados y por qué el jefe de las tribus del Norte le había encomendado aquel mensaje. Habló a continuación de un mundo Tierra, al cual pertenecían sin duda los desaprensivos que habían organizado aquella invasión y del deseo que él y su amigo el sabio tenían de combatirlos.

—No puedo explicarme las razones que impulsaron a nuestros enemigos; ni tampoco su alianza con las feroces tribus de la sabana; pero sí puedo afirmaros qué defenderé hasta la muerte a Na-Him y a los súbditos de la “Gran Madre”.

—Tú lenguaje parece sincero — repuso Zana conmovida—. Si pudiera creerte...

—Lo prudente sería someter al extranjero a la prueba de la verdad — intervino Tundra—. Las armas nunca mienten...

—Mejor sería ponernos en marcha para socorrer a nuestros amigos. A estas horas puede haber empezado el ataque... son muchos los enemigos...

—Habla de la guerra para esconder su cobardía. ¡Traed las armas! Si eres tan fuerte en la lucha como diestro en la conversación, serás sin duda un gran guerrero.

En aquel momento llegó un escudero llevando jabalinas, espadas, hachas y escudos recubiertos de bronce.

—Vamos a la primera prueba — ordenó Tundra—.Jabalina y escudo para cada uno de nosotros dos.

Bautista cogió las armas que le correspondieron en suerte y se apartó a un lado de la sala, cerca del muro. Tundra dejó su escudo en el suelo y cogiendo la jabalina, gritó:

— ¡Prepárate!

Y lanzó a continuación el arma sobre Bautista. Éste sintió el silbido del dardo que rasgaba el aire y esperó a pie firme, sosteniendo el escudo con ambas manos. La punta del arma resbaló sobre el bronce sin conmover siquiera al joven.

—Oh, reina — suplicó Bautista —. Si consigo vencer en la prueba de las armas, ¿me creerás entonces?

—Te obedeceremos todas — repuso Zana—y podrás dirigir nuestras fuerzas contra el enemigo.

—Pues debemos abreviar. Tal vez la desconfianza de Tundra resultará fatal para nuestros aliados. Temo que lleguemos demasiado tarde. ¡Prepárate, fierecilla!—añadió, dirigiendo una furiosa mirada a Tundra.

Y Bautista, recordado sus tiempos universitarios, lanzó la jabalina con todas sus fuerzas. El encontronazo fue violentísimo. La amazona no pudo resistir la fuerza del arma arrojada por su adversario y cayó derribada al suelo.

Hubo un silencio impresionante. Desde hacía varios años que ninguna amazona se hubiera atrevido a dudar siquiera de la imbatibilidad de Tundra.

—¿Podremos marchar, señora? — preguntó Bautista, dirigiéndose a Zana—. ¿O será necesaria una nueva lección para vuestra indómita hija?

—Ah... ¡maldito!—gritó Tundra—. ¡He de matarte por tu osadía!

Y loca de furor se lanzó sobre Bautista, espada en mano.

Tundra aplicó un furioso tajo a su adversario, que dio en el aire. El golpe sorprendió a la misma atacante que, roja de vergüenza, se encontró desarmada. Bautista sonrió benévolo.

—Serás el primero y último hombre que se ríe de mí, porque vas a morir...

Tundra aplicó todo el repertorio de estocadas que conocía para acabar con su adversario, pero éste parecía tan ligero como el aire y se entretuvo en cansar con paradas soberbias y sonrisas irónicas a su hermosa adversaria.

—Serás vencida, Tundra — dijo Bautista—. No es la espada tu mejor arma, sino tus hechiceros ojos... ellos sí que me han herido hondamente...

Una arremetida de la amazona cortó la frase del terrestre.

“Amigo mío —se dijo Bautista—. Esta tigresa quiere arañarme a toda costa. ¡He de cortarle las uñas! ”

Y de un soberbio molinete, aprendido según los cánones de la mejor escuela española, arrebató la espada a la amazona que, describiendo una parábola en el aire, fue a caer a los pies de la reina.

—¿Bastará esta prueba, señora? ¡El lenguaje de las armas ha sido elocuente!… pero nuestros amigos se encuentran en grave peligro, principalmente mi hermana y el hombre sabio…

La llegada de un mensajero desvió la atención de toda la asamblea.

—Señora — dijo el recién llegado jadeante de emoción y cansancio —. Sobre los territorios de la "Gran Madre", millares de guerreros combaten hasta la muerte… Unos extranjeros — hombres o dioses— luchan a favor de nuestros enemigos y tienen por aliado un extraño monstruo que vuela y destruye con fuego cuantos poblados encuentra a su paso…

—¡ Suspended la lucha — ordenó la reina — y a ese joven devolvedle cuantos utensilios llevaba encima en el momento de caer prisionero! —Y lanzando una mirada autoritaria a su hija, añadió—: Las armas han sido elocuentes, Tundra. Convoca inmediatamente el Ejército y poneos a las órdenes de tu vencedor. Esta es mi voluntad irrevocable. La reina Zana ha hablado.

CAPÍTULO IX

Hassa-Kar, jefe de los guerreros del matriarcado, se presentó a su soberana.

—Quedan raciones para dos días — informó—. Los hombres están abatidos. Si Na-Him no llega pronto con los refuerzos, no quedará otro recurso que atacar al enemigo y morir matando.

—Llama al hombre sabio — repuso la "Madre" —. Debemos decidir ahora mismo.

Hassa-Kar salió de la estancia y poco después regresaba acompañado de Randall e Isabel. La joven había adelgazado visiblemente, cosa que preocupaba al profesor. Éste tenía la convicción que la falta de noticias sobre el paradero de Bautista causaba a su secretaria un sufrimiento superior al hambre.

—El jefe de tus guerreros me ha informado de la situación —

habló Randall al entrar — y debo añadir que el proyecto de efectuar una salida me parece acertado. Pero aún vivimos y podemos resistir dos días más; por lo que debemos estudiar la manera de sorprender al enemigo y dar el primer golpe. Estas últimas noches he podido explorar el terreno y conozco las posiciones que ocupan los guerreros de la sabana. Son numerosísimos y he sacado la conclusión de que los que se refugiaron en la despensa principal, formarían solamente el grupo de vanguardia. El resto vino después, pasadas las grandes lluvias. Ahora dime, oh, Vari, ¿adónde podrían haberse escondido un número tan considerable de guerreros? Porque las hogueras, solamente, pueden contarse a centenares.

La “Madre” escuchó al profesor con su serenidad característica y repuso:

—No conoces aún nuestro clima. La furia de las grandes lluvias suele desencadenarse en las zonas intermedias. A menudo se da el caso de que, mientras en la sábana apenas se nota un ligero chubasco, en estos territorios el agua cae a ríos durante muchos días.

—Entonces...

—Únicamente los primeros grupos tuvieron que buscar refugio. El resto esperó tranquilamente que cesara la tormenta. Estos aguaceros se suceden a intervalos regulares. Pero ahora el peligro es gravísimo...

—Lo sé. Na-Him me informó de ello antes de emprender la marcha. De no haberle acontecido ningún percance a tu hermano, mañana llegarán los primeros destacamentos de guerreros del Norte. Ayer pude descubrir el lugar donde el enemigo tiene almacenadas sus provisiones. Según mis cálculos, empleando el pasadizo subterráneo que utilizó Na- Him...

—¿Por qué expuso usted la vida sin decirme nada? — interrumpió Isabel.

—Todos hemos obrado de igual forma, cada uno a su manera, Na-Him, Bautista; pero volvamos a nuestro plan. — El profesor miró a la “Madre” y al observar que Vari encontraba comprensible la exclamación de la joven, continuó—: Me preocupaba el sistema que utilizaría el enemigo para el aprovisionamiento de fuerzas tan numerosas y al fin descubrí el procedimiento.

Randall hizo una pausa. Encontraba muy difícil explicar a unas mentalidades tan primitivas lo que era una astronave cuya capacidad de carga era inmensa. También se le hacía difícil describir un helicóptero. Al fin continuó:

—Tus enemigos van dirigidos por los extranjeros a quien vosotros llamabais los “dioses que vinieron por el aire”. Efectivamente vinieron volando, montados en un poderoso monstruo con una capacidad de carga desconocida para vosotros; pero con la única diferencia de que esos extraños no son dioses, sino hombres, que tal vez pertenecen a mi mundo... —nuevamente, el profesor sintió que se le atascaba la lengua, a pesar de que era hombre de mucha facilidad de palabra, pero el esfuerzo fue más oportuno y concluyó —: El monstruo puede albergar bajo su vientre un pájaro que suelta de vez en cuando. Este pájaro lanza poderosos rayos y puede vomitar fuego. Lo que significa que una lucha abierta en pleno día podría llevar a tus guerreros a una muerte segura.

—Estas cosas son tan fantásticas que me dejan aturdida— dijo Vari —. En ti confiamos, oh, sabio, para que tu magia pueda contrarrestar la de nuestros enemigos.

El profesor siguió explicando su plan.

—Cuando regresaba de mi última descubierta observé el lugar donde se posa el pájaro enemigo... si pudiera capturarlo venceríamos rápidamente a los extranjeros, anulando el poder de su magia...

— ¡No, eso no, profesor!—gritó Isabel—. ¡Si usted se marcha, yo le sigo!...

—Debes comprender, Isabel — repuso Randall —. No me queda otra solución que jugarme el todo por el todo. Estoy horrorizado ante la idea de que pudieras caer en manos de nuestros enemigos...

—Queda otro recurso — sugirió Hassa-Kar — Efectuar una salida nocturna y atacar por sorpresa el lugar donde se encuentran los jefes enemigos.

—Creo la solución acertada — dijo la “Madre”—. ¿Qué dice el nombre sabio?

—Que se preparen todos los guerreros para el ataque — convino Randall —. Hassa-Kar es prudente en el consejo.

—Sí, es mejor marchar todos juntos — exclamó Isabel. Y dirigiéndose al profesor, añadió—: espero, señor Randall, que no se apartará de mi lado...

—Así lo haré, Isabel. Temo que ya jamás podré separarme de ti.

* * *

Aquella noche, un grupo formado por Vari, Hassa-Kar, Randall e Isabel formaban la vanguardia de un pueblo que luchaba por su propia existencia. Los guerreros del matriarcado acompañados de sus esposas e hijos seguían en fila india a sus jefes. Las altas hierbas de la sábana ocultaban la emigración de los restos de un pueblo pacífico que se resistía a sucumbir.

—¿Has explicado nuestro plan a tus guerreros? — preguntó el profesor a Hassa-Kar —. Del grado dé obediencia de tus hombres, depende el ¡éxito o fracaso de nuestra empresa.

—Todos comprenden la gravedad de la situación — repuso el poluxiano.

—En caso de que el enemigo nos descubra, ocúpate de Vari. Los demás no tienen más que huir en diferentes direcciones y reunirse luego en las cuevas de Hann.

—Descuida, hombre sabio. Estoy dispuesto a morir por Vari.

—Eres un jefe leal.

—La amo con todas mis fuerzas.

El centro del campamento enemigo se hallaba alejado del lugar donde andaban los fugitivos. El crepitar de las hogueras, con sus múltiples ruidos, perturbaban el silencio de la noche.

Cada vez que algún leño chisporroteaba, Isabel, presa de terribles escalofríos, se cogía nerviosamente del brazo del profesor. La joven oyó claramente las últimas palabras de Hassa-Kar.

—¿Ha oído, señor Randall? — preguntó —. Está dispuesto a morir por ella.

—Hassa-Kar ha pronunciado en voz alta mis propios pensamientos. No te lo he dicho, pero presiento que pronto podré demostrártelo.

—¡No, Dick, eso no!— exclamó la joven entre dientes.

—Cuando un hombre ama a una mujer, se sacrifica por ella — susurró el profesor al oído de la muchacha.

Ésta, de improviso y movida por un impulso espontáneo, se colgó del cuello de Randall y le besó en la boca.

—Hay algo mejor que morir por mí — murmuró Isabel, deshaciendo la dulce tenaza de sus torneados brazos—. ¡Prefiero que

vivas para mí!

Una voz conocida comentó:

—Eres afortunado, hombre sabio. La mujer te quiere.

Era Hassa-Kar que, al no recibir contestación a sus preguntas, se volvió y había sorprendido la escena.

Continuaron avanzando hasta llegar a las primeras hogueras. Los braquicéfalos se disponían a la comida de la noche. Un olor de carne asada llegaba hasta los fugitivos. Cada fuego era una verdadera cocina de campaña. Diferentes clases de cuadrúpedos, desprovistos de cabeza y entrañas y atravesados por un palo de madera verde, daban vueltas sobre el fuego como un pollo en el asador.

—Temo que esto despierte el hambre de mis guerreros — rezongó Hassa-Kar.

El ruido de un motor llamó la atención, de Randall.

—El helicóptero — murmuró, dirigiéndose a Isabel.

Y observando que Hassa-Kar y Vari daban muestras de inquietud, añadió:

—El pájaro que arroja fuego. Debo capturarlo. ¡ Hassa-Kar, avisa a tus guerreros que no se dejen dominar por el pánico!

Mientras Vari, erguida y majestuosa, procuraba dominar con el ejemplo a su pueblo, el jefe de los guerreros recorría las filas animando a sus hombres y explicándoles que su amigo el mago dominaría al pájaro misterioso.

El helicóptero descendió verticalmente hasta el claro o placeta formado en el centro de las tiendas de campaña.

El piloto se apeó del aparato y entregó un papel a los hombres que salieron a recibirle.

Randall examinó detenidamente la escena. Aquellos intrusos vestían trajes semejantes al suyo. Al resplandor de las hogueras pudo observar que el helicóptero era de tipo “standard” fabricado en América, cuya estructura era común a la de los aparatos anexos a las astronaves que surcaban los espacios. Los gigantescos navíos, dedicados a viajes interestelares, llevaban en su interior uno o varios aviones de diferentes tipos. Generalmente se utilizaban helicópteros.

En aquel momento un grito de alarma lanzado por uno de los centinelas, sumió a los braquicéfalos en la mayor confusión. Los guerreros de la sábana corrían de acá para allá buscando sus armas y llamándose unos a otros. Un estridente alarido coreado por acompasados gritos guerreros transformaron la alarma en un verdadero “pandemónium”. Randall reconoció en seguida a los causantes de aquel desorden.

—Son Na-Him y sus hombres — exclamó, dirigiéndose a Vari y Hassa-Kar—. Ordena que todos preparen sus armas y se dispongan al ataque. ¡Los arqueros deben ser los primeros en disparar! Isabel y yo tenemos que capturar al pájaro misterioso. Aprovechando el desorden nos acercaremos al campamento y procuraremos penetrar en el interior del pajarraco. Cuando hayamos desaparecido en el vientre del animal lanzáis una lluvia de flechas al centro del campamento. Cada guerrero debe apuntar al blanco más fácil. Debéis tener en cuenta las ventajas de la oscuridad, no internaros entre las hogueras, ni perder de vista los movimientos del campamento enemigo.

—Así lo haremos, oh, sabio—asistió Hassa-Kar—. ¡Que las estrellas te sean propicias!

Los dos hombres se separaron, mientras Isabel abrazaba a la “Madre” en una muda despedida.

Randall, mientras hablaba, observó las actividades del enemigo. Al ver que los extranjeros se habían desparramado en diferentes direcciones, dedujo que trataban de dar órdenes a los desorientados jefes de la sabana.

La baraúnda continuaba y con mayor intensidad, en el sector norte del campamento.

—Vamos, Isabel —dijo el profesor—. Ha llegado el momento de actuar.

Y cogiendo a la joven del brazo se dirigieron al lugar donde se hallaba estacionado el aparato, con la misma tranquilidad que si pasearan por la Quinta Avenida.

Llegaron en el preciso momento en que el piloto se disponía a cerrar la portezuela.

— ¡Eh, tú! — gritó Randall en inglés—. ¡El jefe del campamento ha ordenado que vayamos a la astronave en busca de municiones! ¡Rápido! ¡Alguien ha dado el soplo a las tribus enemigas y nos han tendido una emboscada! ¡No quisiera estar en el pellejo del traidor!

El piloto volvió la cabeza, sorprendido.

—Entre Tex y John, me van a volver loco— rezongó—. ¡Acaban de decirme que solamente faltaban las bengalas luminosas y ahora me salen con las municiones! Y a propósito: ¿Quién eres tú? ¡No recuerdo haberte visto antes!

—Estás muy quisquilloso, amigo. ¡Pon en marcha el aparato antes de que sea demasiado tarde y tengamos que quedarnos aquí!

Una lluvia de flechas rebotó sobre los cristales irrompibles del helicóptero.

—¿Te convences ahora, o quieres esperar a que llegue el enemigo?

Aquello pareció decidir al hombre que, silenciosamente, se sentó en el puesto del piloto. Randall tomó asiento detrás del sujeto e Isabel al lado.

Segundos después el aparato se ponía en marcha con rumbo desconocido.

CAPÍTULO X

Hubo unos instantes de silencio embarazoso. El piloto, mirando a Isabel de soslayo, exclamó de improviso:

—Cuando vinimos, a bordo del “Corsair”, no había ninguna mujer. De pronto y cuando menos lo esperaba, aparece una muchacha que quita el hipo. Y a ése —hizo un movimiento significativo con el pulgar de la mano derecha, señalando hacia atrás —, que me zurzan si le he visto alguna vez...

La joven observó al desconocido. Era el prototipo del aventurero sin escrúpulos dispuesto a todo por dinero. Siglos atrás se denominaron “gangsters”. Su instinto femenino le daba a entender que la diplomacia no sería difícil ante un sujeto de aquella calaña. Convenía, ante todo, ganar el tiempo necesario para llegar a la astronave enemiga. Miró a Randall y adivinó los propósitos del profesor.

—El jefe es muy celoso— repuso al fin en tono enigmático—y tomó sus precauciones.

Convenía mantener el diálogo a toda costa y esperaba conseguir, a base de ambigüedades que el desconocido "cantara" lo suficiente para orientar a Randall.

El aparato volaba a considerable altura. Las luces del campamento habían desaparecido y solamente las estrellas brillaban en el infinito.

— ¡Vaya con el profesor!—exclamó el piloto—. Creíamos que su única pasión eran las ciencias astronómicas, aparte de los negocios, claro está; pero ahora aparecen mujeres en su vida…

Randall hizo ademán de sacar su pistola automática, pero una mirada de Isabel le contuvo. El desconocido, atento únicamente a seguir el curso de sus propios pensamientos, no advirtió la actitud de Randall. Después de una leve pausa, continuó;

—Verdaderamente, Tex es un tío muy complicado. Es pródigo en promesas, y avaro a la hora de la verdad; pero a mí no me la pega. Todos estamos batiendo el cobre para que él consiga honra y… provecho. ¡Vaya faenita que nos encargó a John y a mí. Después de enviar a los infiernos al estúpido profesor Randall, su odiado rival, nos escamoteó veinte "papiros" de los grandes que nos habrían valido una juerguecita de despedida. Promesas… siempre promesas… después el viaje que ha culminado en el "tomate" de esta noche.

—Aquello fue muy divertido — rio Isabel, interrumpiendo al piloto—. Todo el mundo tragó la píldora. Las emisoras de televisión dieron por descontado que se trataba de un accidente. Pero dime: ¿quién colocó la bomba? ¿Fuiste tú o John?

—Fui yo — repuso el piloto con énfasis—. Estos trabajos me encantan — miró a Isabel contrariado y exclamó—: ¡Es raro que no lo sepas!

—Ya sabes cómo es él…

—Claro — asintió el granuja—. Tex Samuels… un redomado hipócrita. Parece un sacristán con alma de demonio. Con sus modales de caballero y su aparente respetabilidad, planea los golpes sin olvidar el menor detalle y luego nos encarga su ejecución a nosotros.

Randall notó que la sangre se le agolpaba en la cabeza y sintió la tentación de aplastar aquel granuja. Una mirada significativa de Isabel le contuvo. El profesor comprendió: "Cuando lleguemos a la astronave enemiga", decían los ojos de la joven.

La incógnita se había aclarado. Tex Samuels era un miserable

asesino y el jefe de aquella banda de criminales. Aquello era increíble y, sin embargo, una triste realidad. Randall hubiera sospechado de todo el mundo, excepto de Samuels.

Media hora más tarde, el aparato comenzó a descender.

—Ya llegamos — dijo el piloto.

—¡Enciende los faros, hombre!—indicó Randall—. Con esta oscuridad no se vislumbra nada...

—Están averiados. El resto de la parte eléctrica funciona perfectamente. De no haber sufrido esta "panne", habríamos lanzado un par de bombas a los atacantes de esta noche, amenizadas con una "pasadita" de proyectiles atómicos; pero existía el peligro de herir a nuestros propios aliados. Este planeta sin luna es una lata. Y en cuanto a las estrellas, solamente alumbran después de las grandes lluvias.

—De todas formas — insistió Isabel — aprieta el interruptor de los focos; aunque den poca luz, siempre será mejor que la horrible oscuridad que reina abajo.

La avería era parcial. El interior del helicóptero se hallaba perfectamente iluminado. Isabel fijó los ojos en una palanca, al lado del piloto, que éste procuraba no tocarla siquiera. En uno de los vaivenes del descenso, la joven hizo ademán de agarrarse a la palanca inactiva.

— ¡No toques!—gritó el piloto—. Podrían soltarse las bombas.

Y apretando un resorte del cuadro de mandos, apareció un débil rayo luminoso que, rasgando a duras penas la oscuridad de la noche, llegaba hasta el suelo a unos quinientos pies de profundidad.

—¡La astronave!—gritó Isabel con un júbilo mal disimulado.

—Este foco durará escasamente algunos segundos— murmuró el piloto con visible malhumor—. Dudo que nos permita aterrizar tranquilamente...

—Hermoso transporte—admiró Isabel observando la astronave. Y viendo el rostro alarmado del granuja, añadió—: Enfócala bien, pasmarote; tienes más miedo que un novato!

—Sólo un segundo más — replicó el rufián—. Vuestra pellejo me importa un comino, pero mi propia badana...

No pudo terminar la frase. Una horrible explosión hizo voltear el

aparato como si se tratara de una pluma al aire. Isabel, rápida corno un rayo, había dado un tirón a la palanca y todas las bombas cayeron a la vez.

—¡Moriremos aplastados! —gritó el granuja—. El motor se detiene por momentos...! ¡Buena la has hecho! ¿Sabes quién nos esperaba en el "Corsair"?... nada menos qué Tex Samuels... el único que tenía buenos datos sobre la topografía, fauna y flora de este mundo desconocido...

El momento era impresionante. El aparato descendía con creciente rapidez, a la inversa del motor que languidecía visiblemente.

Gruesas gotas de sudor humedecían la frente del piloto.

—Esto es el fin — murmuró ya sin aliento, abandonando los mandos.

Pero Randall no vio las cosas del mismo modo que el granuja. Rápido como el pensamiento se abalanzó al puesto que abandonara el piloto y puso una marcha en sentido horizontal. El roncar de un poderoso motor, sonó a los oídos de los tripulantes como una música celestial.

El helicóptero, como todos los aparatos de ese tipo en aquella época, iba provisto de dos poderosos motores. Uno para elevarse o descender y otro para el vuelo horizontal.

Randall conducía el aparato con singular maestría. Los helicópteros eran unos vehículos harto vulgares en aquella época. Estaban al alcance de cualquier bolsillo y todo el mundo podía adquirir y manejar esta clase de aparatos, con la misma facilidad que siglos atrás las sencillas bicicletas.

—Bien, nos hemos salvado — habló el piloto—. Pero, ¿qué piensas hacer ahora?

—Seguir volando hasta que amanezca — repuso Randall —. Si el combustible lo permite, intentaré buscar un altiplano en donde podamos detener el motor de vuelo horizontal, con el menor daño posible.

— ¡Cuidado, Dick! —gritó Isabel.

Randall volvió la cabeza y vio al piloto que le tenía encañonado con una pistola automática. En los ojos del granuja brillaban unos destellos de locura y en su boca, de labios delgados, había aparecido una sonrisa cruel.

—Dispara si te atreves — desafió el profesor—. Moriremos aplastados como cucarachas.

La sonrisa se borró del rostro del rufián.

—Tienes razón — asintió con una cínica calma —. Esperaré a que lleguemos a tierra y entonces te mandaré a los infiernos. ¿Crees que no me he dado cuenta de que te gusta la muchacha? — Miró a Isabel con insolencia y añadió—: Adivino que ella también te ama, de lo contrario no habría movido la palanca de las bombas. Quizá Tex Samuels la tiranizaba y tú aprovechaste la oportunidad para soplársela al jefe. Lo siento por ambos. Por ti que, sin saberlo, has trabajado por mi cuenta, y por ella, que tendrá que conformarse conmigo cuando yo te haya matado a ti. — Soltó una estridente carcajada y concluyó—: Tiene gracia, ¿verdad? ¡Con una Eva tan hermosa, este infierno me parecerá el mismísimo paraíso!

—Ya amanece el nuevo día — comentó Isabel para quitarse la opresión que sentía en la garganta y dominar el deseo de llorar.

Randall permanecía sereno y una sonrisa mefistofélica iluminaba su rostro.

—Estarías más cómodo si enfundaras ese cacharro — propuso el profesor mirando de soslayo al piloto —. Por mi parte — añadió — espero seguir volando hasta que se agote el combustible. ¡Es tan bella la vida!... Sobre todo después de conocer la dicha de ser amado por tan adorable criatura... — Miró a Isabel con una expresión significativa, que hizo sonreír a la joven—, y exclamó—: ¡Estoy harto de vivir solitario como un anacoreta! Ahora tendré la satisfacción de emprender el viaje al Más Allá acompañado de un ángel y un demonio...

Las tinieblas se habían disipado por completo y una luz rosada asomaba por el horizonte.

El bandido abandonó el rincón donde se había refugiado y se acercó al profesor, sin dejar de apuntarle.

—¿Crees que tengo miedo? — dijo con voz entrecortada—. Voy a matarte aquí mismo y después tomaré la dirección del aparato.

—¡Siéntate, Isabel!—ordenó Randall de improviso—, y sujétate bien antes que la sorpresa te coja desprevenida... Allá a lo lejos veo una meseta...

Mientras la joven ocupaba un sillón y pasaba la correa alrededor

de su cintura, el bandido observó el horizonte.

Efectivamente, una dilatada altiplanicie, parecida a un cono truncado, se acercaba con visible rapidez.

—¡Vamos, acelera la marcha si no quieres que te perfore la piel — dijo el rufián.

—¡Es nuestra salvación, muchacho! — gritó el profesor en tono jovial.

El granuja miró extasiado la extensa plataforma natural, sin dejar de apuntar al pecho de Randall.

Entonces ocurrió algo que nadie había previsto. El helicóptero dio un viraje tan endiabladamente rápido y cerrado que el piloto perdió el equilibrio yendo a caer de cabeza contra una de las paredes del aparato. Randall no perdió el tiempo. Como una exhalación se lanzó sobre su enemigo que, debido a la violencia del golpe, había soltado la pistola.

La lucha fue encarnizada. El bandido era diestro en luchas de barrios bajos y reaccionó rápidamente, intentando recobrar el arma, pero un potente gancho de izquierda le sumió en el país de los sueños.

* * *

En la dilatada meseta no había ni un solo árbol. El sol se elevaba con una lentitud que exasperaba a Isabel.

—¿Habrá comenzado la batalla? — preguntó con ansiedad.

Randall, que examinaba el motor averiado, volvió la cabeza.

—Probablemente, las vanguardias de Na-Him habrán entrado en acción. Según el plan de nuestro amigo, las escaramuzas nocturnas tenían por objeto fatigar y desmoralizar al adversario, mientras el grueso de las fuerzas realizarán un movimiento en semicírculo. Así que cada tribu haya ocupado las posiciones de partida, los dolicocéfalos iniciarán el ataque general, cuyo objetivo será rechazar al enemigo hacia la sábana. Cuando la inmensa muchedumbre de braquicéfalos se hallen en plena retirada, los guerreros de Vari atacarán por los flancos, mientras las amazonas, montadas en sus veloces caballos, tendrán a su cargo la dispersión de los invasores.

—Estoy sobre ascuas, Dick — exclamó la joven de improviso—. Mi hermano...

—Tu hermano debe encontrarse al lado de Na-Him.

—O de las amazonas. Conozco bien a Bautista.

—Tengo entendido que era un consumado jinete.

—En deportes es un maestro… demasiado. A causa de ellos estuvo enfermo. ¡Oh, Dick, sufro por él! Es tan impetuoso a veces… a pesar de su aire tranquilo, temo que cometa cualquier imprudencia.

—Dispone de buenas armas y no carece de puntería.

—Pero la banda de Tex Samuels está armada hasta los dientes. No les faltarán fusiles atómicos ni metralletas extrarrápidas…

Mientras la joven y Randall dialogaban, alguien, desde el interior del aparato, gritó:

—¡Vuestros amigos serán destrozados! ¡Mis compañeros se encargarán de barrerlos como alimañas! ¡De nada os servirá el que hayáis asesinado a nuestro jefe…¡ ¡Ah, traidores malditos, nos habéis condenado para siempre a vivir en este mundo extraño, pero nos las pagaréis todas juntas!

Randall abrió la portezuela y miró al interior del aparato. El bandido se hallaba atado en un asiento y vociferaba como un loco.

—¿Qué haremos con ese hombre? — preguntó Isabel.

—Creo que si la situación estuviese invertida, el granuja no hubiera vacilado en matarme…

—Sería muy poca cosa — replicó el prisionero—. Hubiera inventado tales suplicios que los que se atribuyeron a los chinos no pasarían de simples cosquillas… La muerte sería el final.

Randall sonrió tranquilamente con aquella ironía cuya sutileza había hechizado a Isabel. Luego, observando divertido al bilioso sujeto, que tantas felicidades le prometía, comentó:

—Es muy difícil torturar y matar a un “difunto”, ¿No me recuerdas? Ya me “mataste” una vez.

El bandido dilató los ojos, sorprendido, intentando reconocer las varoniles facciones de Randall, cuyo aspecto, sin la barba, no representaba más de treinta años.

—No te había visto hasta hoy — balbuceó.

—Soy Dick Randall, el astrónomo.

—¡Oh... no es posible! ¡Dick Randall murió volatilizado por una bomba atómica... yo mismo me encargué de colocarla... antes creería que eres el mismísimo diablo!

—Pues contempla tu error. — Y sacando una fotografía de su bolsillo, el profesor la mostró al rufián—: ¡Observa bien! Ahora ya no llevo la barba...

Un alarido infrahumano interrumpió a Randall. Seguidamente una risa de epiléptico sacudió violentamente la espalda del asesino. Fue una verdadera crisis nerviosa, durante la cual estuvo a punto de romper las ligaduras. Segundos más tardé, la cabeza del granuja caía sobre su pecho, completamente abatida. Había perdido el conocimiento.

—Se ha vuelto loco — murmuró Isabel —. No podemos dejarle aquí.

—Si consigo arreglar la avería volveremos al lugar del combate. Este sujeto ya no podrá causarnos ninguna molestia. Quizá nuestros amigos necesiten nuestra ayuda. La banda, a pesar de la muerte de Samuels, es todavía bastante numerosa, bien armada y equipada. El tal John habrá asumido el mando y causarán estragos entre las filas de Na-Him y Vari

—Dios te bendiga, Dick. Eres magnánimo hasta con tus enemigos más encarnizados. Pero Bautista correrá graves peligros y la lucha puede ocasionar innumerables víctimas...

—Vamos, Isabel — interrumpió el profesor —, ayúdame un momento... Cuando te avise, aprieta el resorte del motor de elevación.

Randall continuó tanteando los complicados mecanismos del motor.

—¡Isabel!

La joven siguió las instrucciones del profesor.

—¡Ya está! — gritó Randall jubiloso—. ¡Eran unos hilos que se habían desconectado!

El sabio subió al helicóptero y después de sentarse al lado de la joven, puso en marcha el motor de elevación. El aparato ascendió verticalmente; el ronquido acompasado del motor dio a entender a los tripulantes que la mecánica tampoco tenía secretos para Randall.

—¡Qué alegría, Dick; la Providencia nos ayuda! ¿Pero habrá suficiente combustible?

—Las pilas atómicas están casi repletas. Pueden aguantar durante ocho días de vuelo ininterrumpido.

Mientras el aparato continuaba su ascensión, el prisionero hizo un supremo esfuerzo para romper sus ligaduras. Al fin lo consiguió y acercándose a la joven le arrancó un grito de terror.

Randall sacó la pistola y miró fijamente al rufián, que se acercaba lentamente con mirada brillante y extraviada, y antes de que nadie pudiera impedirlo, dio un fuerte tirón a la portezuela y se lanzó al vacío.

—Él lo ha querido — murmuró el profesor—. De todas formas, me hubiera visto obligado a matarle...

—Un caso de pánico cerebral — comentó Isabel —. Se ha obstinado en considerarte una sombra del "difunto" profesor Randall, sin contar que las sombras no pegan cierta clase de golpes, de los cuales, ya se llevó una muestra.

CAPÍTULO XI

En el campamento de los invasores, la confusión era indescriptible. Un invisible enemigo, amparándose en las tinieblas de la noche, había sembrado el pánico entre las huestes de los braquicéfalos.

Los gritos de terror se mezclaban con los ayes de los moribundos, alcanzados por las certeras flechas de los atacantes.

John, lugarteniente de Tex Samuels, salió precipitadamente de la tienda de campaña.

— ¡Enciende los focos, Young!—gritó—. ¡Estos salvajes se habrán dormido y merecerían que los fusilara a todos por estúpidos!

El llamado Young, ayudado por varios secuaces, sacó de su tienda unos faros portátiles de gran potencia. Inmediatamente los alrededores del campamento fueron taladrados por potentes líneas luminosas, que se movían en todas direcciones, buscando a los enemigos.

—¡Disparad contra cualquier sospechoso y al que demuestre el más pequeño síntoma de pánico enviadlo a mejor vida!

La banda de Samuels se componía de una veintena de individuos de la peor calaña. Aquellos rufianes se desparramaron por el campamento y poco después el ruido de varias detonaciones se sumaba a las voces y gritos de terror.

—Es el único recurso — murmuró John entre dientes —. Al miedo se le combate con otro mayor. Estos imbéciles, en medio de sus supersticiones, habrán visto fantasmas y no me extrañaría que se estuvieran asaetando unos a otros.

Uno de los rufianes se acercó a John.

—Ya empiezan a ponerse en razón — explicó—. A cuantos se atrevieron a discutir o demorar las órdenes de sus jefes, los hemos suprimido.

—Perfectamente, Fred. Avisa a los brujos que entren en acción.

Poco después llegó uno de los bandidos encargados de los focos.

—Es difícil localizar al enemigo — dijo—. Y además siguen causando muchas bajas. Agazapados entre las altas hierbas, siguen disparando sus flechas sin cesar.

—Sacad las ametralladoras atómicas — ordenó John—. Quemaremos las hierbas hasta conseguir que salgan como conejos. Y a propósito, ¿dónde ha ido el idiota de Benson?

—Se largó con el helicóptero, hace escasamente media hora.

— ¡Estúpidos! ¿Y le habéis dejado marchar?

—Vino a buscarle uno de los nuestros, acompañado de una mujer.

—¿Una mujer? ¡Estás delirando! ¡No había ninguna mujer entre nosotros! ¿Quién era el hombre? ¡Habla pronto!...

—No pude verla la cara. Fue tan rápida la cosa...

John sacó la pistola y encañonó a su compinche.

—No trates de reírte de mí, que no está, el horno para bollos. En cuanto vuelvas a emborracharte, te mandaré empaquetado al infierno...

—No estoy bebido, John. Te digo la verdad. Los vi a los tres

penetrar en el helicóptero... Se me había terminado la ginebra y salí de la tienda con el propósito de encargar a Benson que me trajera otra botella. Ya sabes que en el “Corsair” tenemos bebidas para dos años, por lo menos... Bueno, como te decía, cuando Benson se disponía a subir al helicóptero vi que se acercaba Slims, seguido de una mujer, habló algunas palabras con el primero y entraron rápidamente en el aparato, cerrando la portezuela. Los llamé, pero en vano. El ruido del motor apagó mis voces y tuve que desistir...

El granuja quedó cortado en sus explicaciones.

—¡Imbécil! —interrumpió John—. ¿No has visto a Slims que está recorriendo el campamento? ¡Mira, ahí viene! —Y dirigiéndose al recién llegado, preguntó de improviso —: Oye, Slims, ¿has anotado los nombre de los terrestres que se encuentran en el campamento?

Slims sacó un papel con la lista escrita a lápiz. John la cogió de un zarpazo y aproximándose al resplandor de una hoguera, leyó rápidamente.

—Están todos, menos el jefe. — Y encarándose con el secuaz que afirmaba las cosas con tanta inseguridad, añadió—: ¿Te das cuenta, borrachín?

— ¡ Oh, no dispares, John!... — gritó horrorizado el visionario—. También pudo ser el jefe. Ya sabes que no le disgustaban las faldas...

—Pero Slims es alto y Tex mide escasamente cinco pies con cinco pulgadas...

Una lluvia de flechas cayó cerca del lugar donde aquellos malvados se hallaban discutiendo.

El recrudecimiento del ataque hizo reflexionar a John. En la situación en que se hallaban, un hombre más hacía mucha falta. De los naturales no se fiaba del todo.

—Coge una metralleta y vigila el lado sur — ordenó John al borracho—. Y cuidado con las libaciones.

El aludido, que ya había visto las cosas muy mal paradas, se marchó presuroso antes de que el jefe del campamento y lugarteniente de la banda cambiara de pensamiento.

Cuando John y Slims quedaron solos, el primero habló:

—Me escama todo eso. Young, a pesar de ser un borrachín empedernido, no es ni mucho menos un embustero. El jefe continúa

en el “Corsair”. ¿Para qué diablos se quedó allí? Benson se marchó con el helicóptero y continúa sin regresar, a pesar de la mucha falta que nos hacen las bengalas... Luego, hay una mujer de por medio, que nosotros no hemos visto siquiera. Si al amanecer el enemigo no ha dado la cara y tenemos que sufrir otra noche como ésta, sin helicóptero y sin bengalas, nuestro prestigio se viene abajo.

—Creo que será mejor que le cantemos ‘la caña” al jefe — repuso Slims—. A la hora de batir el cobre nos deja solos. Ya hablaremos cuando venga el reparto... si cree que se llevará la parte del león, sufrirá el mayor error de su vida. Los muchachos creen en ti, John. Toma el mando de la banda y a Tex ya le ajustaremos las cuentas.

—Ya apunta el nuevo día y Benson sin venir — comentó John sin dejar traslucir la menor emoción por las palabras de Slims—. ¿Qué se habrán propuesto?

La respuesta fueron unos gritos de guerra emitidos por millares de gargantas y una nueva confusión entre las tribus de la sábana.

* * *

Cuando Randall e Isabel penetraron en el interior del helicóptero, Vari y Hassa-Kar seguidos del resto de los guerreros prosiguieron los movimientos previamente fijados, uno de los cuales consistía en disparar una nube de flechas sobre el aparato. A continuación iniciaron un movimiento de flanco, atacando a distancia con toda suerte de armas arrojadizas. La confusión en el campamento enemigo aumentaba por momentos.

Uno de los escuchas de Hassa-Kar regresó en aquellos momentos, diciendo:

—Han llegado las tribus del Norte al mando de Na-Him. Varias de ellas están atacando el campamento enemigo por varios lugares...

—¿Qué noticias traes de mi hermano?—preguntó Vari.

—Interesantes, oh, “Madre”. El grueso de las fuerzas se preparan para el ataque general. Nuestra misión consiste en situarnos en ambos flancos, con el propósito de impedir que las hordas enemigas puedan desparramarse por estos territorios. Na-Him ha explicado que debemos formar las orillas del río, que los arrojará nuevamente a la sábana,

— ¡Admirable, mi hermano es un gran guerrero! ¡Que se presenten los demás exploradores!

Llegaron varios hombres. Tenían los ojos desmesuradamente

abiertos por el terror y se hallaban jadeantes de cansancio.

—A ver, tú — dijo Vari señalando a uno de ellos. — Explícame lo que has visto en mis poblados.

—Sólo muerte y desolación. El cuchillo y el fuego han arrasado habitantes y chozas, ¡Sangre y rapiña es el signo de los invasores!

—¿Y tú? — preguntó la "Madre" a uno que se había echado al suelo, completamente extenuado.

El aludido hizo un esfuerzo para levantarse nuevamente. En tono respetuoso, declaró:

—Todas nuestras tribus han sido destruidas, exceptuando la que te rodea en estos momentos. He buscado entre las pocas chozas que no habían sido y aparte de los cadáveres insepultos, nuestros enemigos se lo habían llevado todo: utensilios, joyas y adornos. Al parecer preferían los pequeños objetos de metal color de sol y las piedras de colores. De los adornos de hueso, he visto muchos tirados en las afueras de las ruinas.

Unos focos de luz perforaron las tinieblas de la noche, mucho más allá de donde se encontraban las huestes de Vari.

—Los magos enemigos quieren sorprendernos — comentó Vari—. Debemos ocupar el puesto que mi hermano nos ha señalado.

Estas escenas se desarrollaban en un lugar situado en la penumbra de las hogueras. El leve resplandor de los fuegos llegaba lo suficiente amortiguado para verse mutuamente las caras sin ser descubiertas por el adversario.

—Es el fin de nuestras tribus— dijo Vari tristemente—. Lo mejor será emigrar a otros territorios. Nos dirigiremos al Norte. Nuestro régimen de vivir deberá cambiar. Creo que en las situaciones de peligro, únicamente el varón se encuentra capacitado para dirigir el gobierno de los pueblos. Ya sólo aspiro a, poner a salvo los restos de mis tribus y retirarme al país de mi hermano...

—Si tú te marchas, yo te sigo — exclamó Hassa- Kar con vehemencia —. ¡No te abandonaré jamás!

—Debes quedarte, amigo mío — repuso Vari con dulzura—. Comprendo que el régimen matriarcal ya no es posible en adelante. Tú, Hassa-Kar, eres valiente y la prudencia es una de tus mayores virtudes. Renuncio en ti todos mis derechos y deseo que la suerte y el porvenir te sonrían.

Hasa-Kar se arrodilló a los pies de su soberana, diciendo:

—Conforme, oh, Vari, en obedecerte; pero exijo una sola condición: que compartas conmigo el gobierno de este desgraciado pueblo. Tú mandarás en la paz y yo en la guerra. Tu pueblo te necesita y… yo también.

—¿Me amas, Hassa-Kar?

—Todos te adoramos, y yo el primero.

—Entonces, declino en ti todos mis poderes políticos y guerreros. Seré tu esposa y ambos nos sacrificaremos para conseguir la felicidad de nuestro pueblo.

* * *

La marcha de las amazonas hacia las dilatadas llanuras del Sur constituyó un acontecimiento memorable.

Aquel pueblo de aguerridas mujeres jamás se había movido de los alrededores de sus dominios. Desde hacía varios siglos ningún enemigo se atrevió a penetrar por los misteriosos valles rodeados de inaccesibles montañas. Sin embargo, aquellas paredes rocosas que parecían cortadas a pico, tenían sus pasos secretos por donde, en caso de necesidad, podía salir un ejército entero.

El desfile era pintoresco y Bautista, acompañado de Tundra, pasó revista a las tropas que por primera vez salían de sus fronteras para combatir lejos de su patria.

En los ojos de Tundra podía leerse la mayor preocupación. La joven, a pesar de sus pocos años, comprendía la trascendencia de los momentos históricos que vivían.

Bautista, convertido en general en jefe, sentía sobre sus hombros todo el peso de la responsabilidad en aquella hora solemne.

—En marcha la caballería — ordenó Bautista—. Las tropas de a pie quedarán de guarnición en los valles. La táctica puede vencer al número.

Tundra, a pesar de su orgullo, obedeció las órdenes del nuevo jefe. De todas formas, el joven había demostrado su conocimiento en el manejo de las armas.

—¿Crees que llegaremos a tiempo?—preguntó Tundra —. Ahora

comprendo la imprudencia que cometí. De haber imaginado que traías un mensaje de mi padre, a estas horas ya habríamos entrado en combate.

—Olvídalo todo — repuso el joven—. Formáis un pueblo aislado del resto del mundo y comprendo que desconfiéis de los extranjeros. Pero ahora no se trata sólo de la vida de vuestros vecinos. El triunfo de los invasores significa igualmente el final de vuestro reino.

Los escuadrones se pusieron en marcha al trote largo.

CAPÍTULO XII

El ataque de las fuerzas de Na-Him fue tan impetuoso que los sorprendidos braquicéfalos iniciaron un conato de huida. Entonces entraron en acción los hombres de Tex Samuels. Instalaron unas ametralladoras en la retaguardia de sus propios aliados y un fuego mortífero detuvo la desbandada.

Pero ya los gigantescos guerreros del Norte habían probado las mieles de un avance victorioso. Atacando en formaciones cerradas, pudieron impresionar la moral del enemigo. Los braquicéfalos, a pesar de triplicar el número de los atacantes, se creyeron en inferioridad numérica y comenzaron a ceder terreno paulatinamente.

El sol, que en el planeta Pólux solamente podía verse pasadas las grandes tormentas, amaneció espléndido. Los combatientes de ambos bandos presintieron un día de calor sofocante.

Na-Him fue el primero que comprendió la situación. Semejante a un Aquiles poluxiano, avanzaba el primero y su poderosa maza abría terribles claros entre las filas enemigas.

La banda de Samuels, que ignoraba la muerte de su jefe, consiguió al fin restablecer la disciplina. Retirando fuerzas de uno de los sectores tranquilos del campamento, consiguió reanimar la moral de sus bárbaras huestes y detener por unos instantes la poderosa ofensiva de los dolicocéfalos.

John, el segundo de Tex Samuels y jefe del campamento, dio un grito de júbilo:

—¡Ahí viene, muchachos! ¡El jefe; ya me extrañaba que pudiera

abandonarnos en una jornada como ésta!

Los granujas, al percibir el ruido de un avión, levantaron la vista al cielo.

— ¡El helicóptero!—gritaron algunos—. ¡El jefe ya está aquí! ¡Ya verán esos gigantes cómo las gasta Tex Samuels!

En aquellos momentos de confusión, nadie se acordaba de que todos habían dudado de la integridad moral de su jefe.

Ahora su aparición les infundía nuevos ánimos.

Los atacantes, al ver que aquel pájaro gigantesco se acercaba rápidamente, tuvieron unos momentos de vacilación a causa de la sorpresa. Aquellos instantes fueron aprovechados por John, el jefe del campamento, para movilizar a sus intérpretes. Éstos se dedicaron a explicar a los guerreros de la sábana que el pájaro de fuego acudía a socorrerles. Pronto sus enemigos serían destrozados y las hermosas tierras que ocupaban serían repartidas entre los vencedores.

Slims se acercó a John.

—Hemos perdido un tiempo precioso — dijo—. Nuestras armas han permanecido imbatidas a causa de la oscuridad de la noche; pero ahora podrimos barrer a nuestros enemigos iniciando una rápida retirada. Se instalarán las ametralladoras y, cuando los atacantes avancen embriagados por una victoria aparente, abriremos fuego...

—Veo que tu cerebro de alcornoque funciona de vez en cuando — aprobó John—. Y sonriendo satisfecho ante la idea de su compinche, que consideró como propia, preguntó de improviso:

—¿Están preparados los emplazamientos?

—Dos de ellos ya han funcionado para contener a nuestros fofos aliados, tengo pensado...

—Menos pensar y más acción — increpó el jefe del campamento —. Hay que poner en práctica “nuestra” idea. ¡Vamos!

Poco después otro de la banda se acercó a John.

—Todo está preparado — dijo—. Esperamos tus órdenes....

El helicóptero evolucionó sobre el campamento describiendo grandes círculos. Tan pronto volaba sobre las filas de Na-Him como recorría la zona ocupada por los braquicéfalos.

—Se me ocurre una idea — repuso John—. Hablaré por el televisor con Tex. Desde el helicóptero se puede bombardear y ametrallar la retaguardia enemiga... de esos gigantes no debe quedar uno vivo. Apretó una palanqueta y se puso en comunicación con los ocupantes del helicóptero.

— ¡Atención, Tex; hemos sido atacados por sorpresa durante la noche!... Oye, Tex, no veo tu rostro en la pantalla! ¡Contesta!

El visor de John continuó completamente blanco, no así el receptor, que habló:

—Te oigo, John, pero estoy atareado... el aparato tiene una avería... dime, ¿qué te propones?

—Oye, Tex, procura aguantar un poco más... después todo habrá terminado... Conviene que ataques con bombas la retaguardia enemiga cuando el pánico cunda en sus filas. Retiraré estos idiotas de la sábana y, cuando el enemigo avance confiado, voy a segar sus filas como las mieses maduras. El resto corre a tu cargo...

Pero algo alarmó a John. El aparato evolucionaba cada vez más cerca y la figura de Tex Samuels no aparecía en la pantalla.

El tiempo apremiaba y apenas quedaban unas hileras de guerreros aguantando la avalancha enemiga. John se decidió:

—¿Has comprendido, Tex? Voy a poner mi plan en marcha. Recuerda: ¡la retaguardia enemiga!...

Sonó un silbato y los braquicéfalos iniciaron una huida rápida, con toda la velocidad que les permitían sus piernas fatigadas.

Los secuaces de la banda prepararon las máquinas dispuestos a disparar. Na-Him, al frente de sus valientes guerreros, avanzaron en tropel, dando alaridos de triunfo.

—¡Fuego!—gritó John, con la boca pegada al aparato emisor-receptor con el propósito de que actuaran simultáneamente los del helicóptero y los hombres que apuntaban con las ametralladoras hacia los atacantes.

Varias explosiones atronaron el campamento.

— ¡Eh, Tex! ¿Qué ocurre ahora?...

Una figura desconocida apareció entonces en la pantalla de John.

—¿Quién eres? ¿Qué significa todo esto? —preguntó el bandido sudando de angustia.

—Un antiguo conocido — repuso la imagen —. Soy Dick Randall; y tu jefe Tex Samuels ya lleva muchas horas en el infierno.

Unas furiosas ráfagas de ametralladora disparadas desde el helicóptero, acabaron en pocos segundos con los granujas que habían escapado de las bombas.

—Ha sonado tu hora — continuó la figura desconocida desde la pantalla—. Ya lo sabes, a cada puerco le llega su San Martín... como dicen los españoles.

John intentó coger la metralleta que tenía cerca de sí para abrir fuego contra el helicóptero, pero una nueva explosión le envió a reunirse con el resto de la banda.

* * *

Cuando la caballería de las amazonas llegó a la gran llanura, el astro rey lucía sus mejores galas y ofreció a las fuerzas expedicionarias un espectáculo maravilloso.

Tundra esbozó un gesto destinado a un despliegue de fuerzas.

—No debes tomar ninguna decisión sin consultarme — previno Bautista —. Recuerda que aquí mando yo. ¡Orden de la reina!

—No seas terco, joven — repuso la amazona—. Mi madre se dejó llevar por un triunfo momentáneo cuando me venciste en las pruebas; pero mis tropas están acostumbradas a obedecerme a mí.

—Conforme — aprobó el muchacho—. Tú mandarás las fuerzas y darás órdenes... bajo mi dirección. Yo soy el único responsable ante la reina y ante Na-Him, tu padre, de esta expedición. No te ofendas oh, Tundra; pero vuestro valor en este caso sería peligroso para tus propias tropas...

—¿Qué significan tus palabras? ¡Eres un verdadero enigma para mí!

—Me explicaré mejor. Observa: desde aquí, a pesar de la distancia, se vislumbra una incontable legión de guerreros enemigos. Antes contarías las hierbas de la sábana, que el número de combatientes adversarios. En caso de que yo te permitiera atacar abiertamente, como tú pretendes ahora, quizá conseguirías abrir brecha en las filas enemigas y vuestras armas se teñirían con la sangre de los invasores;

pero cuando ellos se dieran cuenta de la inferioridad numérica de tus escuadrones, podrían cerrar la brecha a vuestras espaldas y quedaríais rodeadas por el enemigo. Ya sé que lucharíais valerosamente y que moriríais matando, pero ninguna de vosotras regresaríais a vuestro país.

Bautista hizo una pausa mientras buscaba en su bolsa de campaña algo con que convencer prácticamente a la joven. Al fin encontró unos prismáticos con los cuales ojeó el horizonte. Allá a lo lejos descubrió una elevación de terreno que si conseguían ocuparlo, dominarían completamente al enemigo. Era cuestión de actuar rápidamente.

—¿Qué es eso que has puesto ante tus ojos? — preguntó Tundra extrañada.

—Un objeto mágico que permite ver las cosas a gran distancia. Dio el aparato óptico a la amazona y mientras la ayudaba a servirse de él preguntó:

—¿Qué ves ahora?

—Infinidad de guerreros que se mueven agitadamente. Van de un lado a otro al parecer desorientados...

—Pero no puedes observar los detalles, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, ordena la marcha. Debemos ocupar aquella altura.

—Tundra dio una voz de mando que fue repetida como un eco por los jefes de escuadrón. Seguidamente, toda la comitiva se puso en movimiento hacia el lugar indicado.

Dos horas más tarde todas las fuerzas de Tundra se hallaban preparadas para entrar en combate. A simple vista podía observarse los movimientos del enemigo. Con el auxilio de los prismáticos, Tundra y Bautista no perdieron ningún detalle.

—Un jefe gigantesco al frente de sus guerreros ataca a las hordas de la sábana — dijo Bautista—. Y pasando los prismáticos a su compañera, añadió: — ¿Le conoces?

Tundra observó detenidamente. A los diez segundos lanzó una exclamación:

— ¡ Mi padre!

Poco después se oyó un ronroneo allá en lo alto. Bautista levantó la vista alarmado.

—¡El helicóptero! — exclamó.

—¿El qué? — inquirió Tundra.

—El pájaro que arroja fuego — aclaró el joven—, Deberé cazarlo, pues de lo contrario sembrará la muerte y la destrucción entre nuestros aliados, que no pueden hacer nada por evitarlo.

Bautista preparó su fusil atómico provisto de un lente especial para la puntería a largas distancias. Cuando ya estaba dispuesto a disparar, vio que el aparato se acercaba al centro del campamento de los braquicéfalos.

—No comprendo la maniobra — murmuró—. Ha volado sobre las tribus del Norte sin causarles el menor daño.

El helicóptero, mientras tanto, hacía frecuentes evoluciones y tan pronto se hallaba a la altura de los atacantes como sobrevolaba el campamento de los invasores.

De súbito se oyeron unas detonaciones lejanas. Bautista cogió nerviosamente los prismáticos.

—El pájaro que arroja fuego ataca a los magos enemigos — explicó—. Presiento que las cosas han cambiado.

Poco después se oían nuevas explosiones seguidas de ráfagas de ametralladora.

—¡Dios mío — exclamó Bautista—. ¿No me engañarán mis ojos? ¡Oh, Tundra, los magos extranjeros han sucumbido ante el pájaro de fuego! ¡Tu padre continúa avanzando impetuosamente... los guerreros de la sábana inician la desbandada...

—¡Ataquemos! — gritó Tundra —. ¡No podemos ya esperar! ¡Hay que ayudar a mi padre!

—Si... atacaremos...; pero con arreglo a mi plan. Emplearemos una táctica que nos permitirá destrozar completamente al enemigo y ahorrar muchas vidas de tus valerosas huestes. Escucha...

Bautista explicó sus propósitos a la impetuosa joven que al final exclamó maravillada:

—¡Eres un gran guerrero! Ahora bendigo el acierto de mi madre al

nombrarte jefe de la expedición.

El joven sonrió complacido. Por primera vez, aquella intrépida amazona le había dedicado un elogio y reconocía que estaba acertado. Lanzando un suspiro, murmuró como si hablara consigo mismo:

—Soy simplemente un estratega.

* * *

—¡Bravo, Dick, la banda ha sido exterminada! — gritó Isabel palmoteando.

El helicóptero cabeceó peligrosamente.

— ¡Cuidado, mujer; no vayamos a suicidarnos nosotros! — replicó el profesor alarmado.

La joven condujo nuevamente el aparato con su habitual maestría, describiendo algunos círculos en torno al campamento enemigo. Varias columnas de humo ocultaron la visibilidad durante algunos minutos. Poco después podía observarse claramente el desorden que el bombardeo había causado entre las filas de los braquicéfalos. Éstos, faltos de los jefes terrestres a quienes creían unos magos invencibles, comenzaron a ceder terreno ante el avance impetuoso de las fuerzas de Na-Him. Las formaciones se deshicieron y aquellas numerosas hordas iniciaron una huida desordenada.

—¡ Basta ya de sangre! — exclamó Randall—. Hasta aquí he luchado contra mis enemigos directos, los terrestres; pero de ahora en adelante, los asuntos de Pólux deben ser resueltos por los mismos poluxianos. Sigue conduciendo. Isabel. Deseo observar la marcha de las operaciones. A partir de ahora somos observadores neutrales. Desde nuestro observatorio aéreo veremos el desarrollo de una batalla de los tiempos primitivos...

—La desbandada... — murmuró la muchacha que estaba haciendo equilibrio para conducir y observar por su propia cuenta—. Los invasores retroceden.

En efecto; las hordas de la sábana huían como un rebaño enloquecido.

—Hassa-Kar ha entrado en acción — dijo Randall —. Sus guerreros atacan por ambos flancos. A los invasores solamente les dejan libre el camino que conduce a la sabana...

—Mira, Dick— gritó Isabel entusiasmada—. ¡La caballería!

—Esto es maravilloso, Isabel. — Jamás creí poder gozar de un espectáculo tan original... ¡¡Oh, sí son las amazonas! ahora se despliegan por la llanura; tienen disciplina militar y avanzan formadas en escuadrones...

El profesor se había entusiasmado como un chiquillo con una batalla de aventuras. La joven conducía el aparato a poca altura. Una vez eliminados los miembros de la banda de Tex Samuels que eran los únicos que disponían de armas ultramodernas, ya nada tenían que temer de las flechas y azagayas de los poluxianos. Randall volvió a gritar:

—¡Ya llegan... vaya carga de caballería!

Pero unos minutos más tarde, una exclamación de desencanto se escapaba de la garganta del sabio.

—¿Qué te pasa, Dick?—preguntó Isabel alarmada.

—Nada... que las amazonas retroceden.

La joven prestó atención a las operaciones de los combatientes de ambos bandos. Al fin preguntó:

—¿Has comprendido la táctica, Dick?

— ¡Vaya táctica! Cuando ya creía aplastado al enemigo, la caballería retrocede...

—No se retira, sino que vuelve al ataque. ¡Mira!

Nuevamente los escuadrones iniciaron la carga, pero al llegar a unas diez yardas de las hordas fugitivas, retrocedieron.

—Presta atención a los resultados — dijo Isabel señalando centenares de braquicéfalos que yacían fuera de combate —. ¿No adivinas, ahora?

—Estás empapada de Historia, mujer. Y a mí, los números me tapaban las letras, pero ahora veo perfectamente. Las amazonas están empleando la táctica de los escitas. Atacan sin llegar al cuerpo a cuerpo. Causan bajas al enemigo, sin comprometer las fuerzas propias. Acércate a la caballería. Deseo ver a Tundra mandando sus propias huestes.

El aparato evolucionó hasta “colgarse” materialmente encima de los escuadrones.

Isabel lanzó un grito:

—¡Mi hermano!... ¡Cabalga al frente de las amazonas y Tundra ha caído herida! ¡Pronto, debemos acudir antes de que sea demasiado tarde!

CAPÍTULO XIII

Aquella mañana se hallaban reunidos los jefes de los pueblos vencedores. Bajo la sombra protectora de un helecho gigantesco, el profesor Dick Randall hablaba con profètica visión.

Na-Him, con los patriarcas de las tribus del Norte, Hassa-Kar y Vari, en representación de las mermadas tribus matriarcales, y Tundra, rodeada de sus oficiales, escuchaban emocionados al hombre sabio que les hablaba de una vida futura llena de comodidades y bienestar.

Isabel contemplaba con admiración a su jefe. Bautista, sentado al lado de Tundra, contemplaba repetidas veces el hombro herido de la joven. Le parecía imposible que aquella orgullosa amazona se hubiera transfigurado en la sumisa y adorable mujercita que pronto sería su esposa. Aquellos ojos negros, antes retadores y duros, miraban ahora con dulzura y feminidad.

—Nuestros mundos — continuó el profesor empleando el lenguaje sencillo de Pólux—son hermanos gemelos en el tiempo y en el espacio. Pero, si medimos el tiempo con la brevedad de la vida humana, se llevan exactamente unos veinte mil años de diferencia. ¿Qué significa este lapso de tiempo ante la inmensidad de las estrellas que pueblan el firmamento? ¡Nada, absolutamente, nada!... y esa es, aproximadamente, la ventaja que los habitantes de la Tierra llevan a los de Pólux.

Randall hizo una pausa. Su mirada tropezó con los verdes ojos de Isabel. La expresión ingenua y traviesa de la joven animó a Randall a continuar su discurso.

—Yo conozco personalmente al gran patriarca que rige el consejo de la Tierra y a sus principales ayudantes. Tengo la seguridad de que cuando conozcan vuestro mundo, manifestarán deseos de conoceros y os considerarán como a hermanos.

—Dick se encuentra en un apuro — comentó Isabel dirigiéndose a Bautista—. No sabe cómo explicarles que hay otros planetas habitados y varias civilizaciones interestelares.

Una demostración de alegría ahogó la respuesta del joven.

Randall concluyó:

—Se acerca el momento de regresar a la Tierra. Tú, Na-Him y vosotros Hassa-Kar y Vari podréis venir con nosotros. Iremos a visitar al gran Jefe Terrestre y al Consejo de Ancianos que rigen nuestro mundo.

Tundra se levantó con gran dignidad,

—También yo iré con vosotros—dijo en tono solemne.

Bautista sintió un estremecimiento de alegría que el profesor advirtió sonriendo.

—Bienvenida, Tundra — repuso Randall—. Y si quieres podrás quedarte a vivir con nosotros... creo advertir que tu vida entre las amazonas ya no tiene sentido...

—Así es, hombre sabio — afirmó la amazona—. Mi prestigio de guerrera invencible se ha derrumbado. Ya no puedo volver con mi pueblo. Desde que fui vencida por Bautista...

—El derrotado soy yo, Tundra — protestó el joven..... Entonces me di cuenta que...—se acercó al oído de la joven, y añadió en voz baja—: sin ti ya no puedo vivir.

Siguió un breve conciliábulo durante el cual la pareja habló animadamente. Luego Bautista, dirigiéndose a su hermana, anunció:

—¡Tundra y yo nos casaremos!

—¡Vaya, hermano — comentó Isabel—. Dime: ¿Qué le has dicho para convencerla?

—Le dije que en la Tierra, cada mujer es una reina en su hogar y que ella reinaría en mi corazón.

* * *

Na-Him, Hassa-Kar y Tundra, hablaron a solas con los jefes de sus huestes respectivas. Media hora más tarde, las diferentes tribus regresaban a sus tierras de origen, excepto la de Vari que tenía allí mismo su propia residencia.

Nuestros amigos acordaron el regreso a la Tierra.

—Y ahora — dijo el profesor a Bautista — volveremos a la región de los grandes reptiles. Allí nos espera el “Meteor” dispuesto para regresar a la Tierra. Como Cristóbal Colón, nos acompañarán representantes de un nuevo mundo; de este planeta del que nadie sospechó jamás su existencia. Para llegar al cohete será mejor emplear la “Delfina”. Creo que será más fácil convencer a nuestros amigos de que suban a una canoa anfibia, que invitarlos a viajar en un helicóptero. La idea de volar montados en un pájaro “que arroja fuego” les horrorizaría. Supongo que recordarás el camino.

—En un río nadie puede extraviarse — repuso el joven.

Bautista cogió a Tundra del brazo y emprendieron la marcha seguidos de Hassa-Kar, Vari y Na-Him.

El profesor, radiante de felicidad, ofreció el brazo a Isabel y siguieron, algo rezagados, a sus amigos.

—Tienes motivos para estar orgulloso, Dick — murmuró la joven —. Las trompetas de la Fama pregonarán tus hazañas a través de los espacios y serás el hombre más envidiado de la Tierra…

—Lo sería, Isabel — repuso el profesor gravemente— si tuviera la seguridad de algo…

—¿De qué?… — preguntó la joven con voz trémula.

—De algo que hace tiempo me preocupa y muchas veces me entristece… porque yo…

—¿Me quieres, Dick?

—¡Eso es!…—suspiró el profesor—. ¿Cómo lo has adivinado?

—No es difícil para una mujer adivinar los pensamientos del hombre que ama…

—¿Cómo… qué has dicho? ¡Qué me amas!… ¡Oh, Dios mío! ¡Qué difícil se hace asimilar tanta felicidad! Creía que solamente sentías por mí algo de admiración por mis estudios y compasión por mis desgracias… que te habrías acostumbrado a mí…

Isabel sonrió:

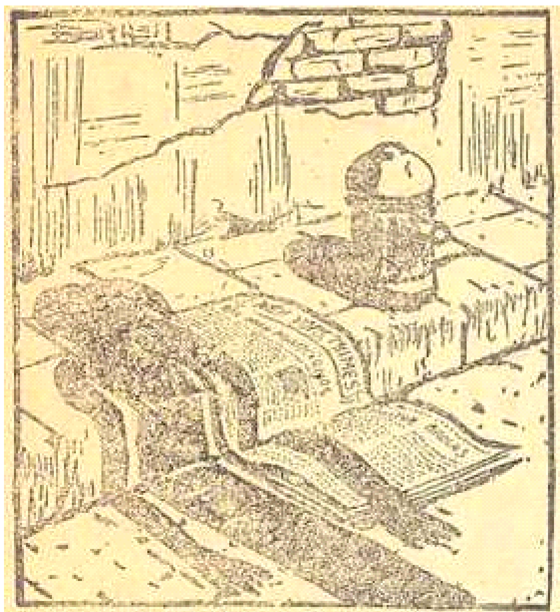
—Ninguna mujer arriesga su vida en un viaje interestelar, sino es por algo más preciado que todas las riquezas humanas…

El rostro del profesor se transfiguró en una expresión sublime.

—Soy el más feliz de los mortales y también el más afortunado. Yo me lancé a los espacios en busca del planeta desconocido... — elevó los ojos al cielo y concluyó—: Y Tú, Señor, has colmado el éxito de mi vida con el hallazgo de un estrella.

FIN

NO HAY MARCIANOS



El periódico revoloteó y se detuvo sobre el asfalto. La primera hoja quedaba visible, a pesar de la obscuridad, y podía leerse fácilmente una noticia que había sido muy difundida por la prensa y la radio, debida a las declaraciones hechas por la expedición del profesor 3. D. Proctor a su regreso de Marte:

“EN MARTE NO HAY VIDA ANIMAL. EN MARTE NO HAY MARCIANOS.”

De pronto, una sombra cruza la solitaria calle y, sobre la hoja del periódico, precisamente sobre los titulares que dicen:

NO HAY MARCIANOS

se posa la alucinante extremidad de un ser vivo e inteligente. ¡Una indescriptible visión que hubiera horrorizado a cualquier ser humano

que la hubiese contemplado!

NO HAY MARCIANOS

¡Otra apasionante novela de CLARK CARRADOS, pero con la máxima dosis de emoción, interés y amenidad!

¡PIDA USTED QUE LE RESERVEN

EL PROXIMO NUMERO!

EL MUNDO DE LOS ANIMALES

¡ESTA ES LA MARAVILLOSA

COLECCIÓN PARA TODOS!



¡A M E N O!

Porque tiene el mismo estilo que una buena novela.

¡I N S T R U C T I V O ¡

Porque forman una nueva y original Historia Natural.

¡ A P A S I O N A N T E !

Porque lleva emocionales relatos de expertos cazadores.

DE MODERNA Y CUIDADA PRESENTACION E ILUSTRADO CON NUMEROSAS FOTOGRAFIAS

¡ Y solo cuesta 3 PESETAS CADA VOLUMEN!

Estos son los primeros números de

EL MUNDO DE LOS ANIMALES

1. — EI Tigre 5. — El Camello

2. — EI Elefante 8. — El Reno

3. — El Leen 7. —La Cobra

4. — La Jirafa 8. — La Ardilla

¡DELEITESE USTED LEYENDO CUALQUIERA DE ELLOS!

[1] Años.